

Bibliográficas

Ayer: Revista de Historia Contemporánea 75 (2009). Dossier “La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría”, pp. 13-221.

El dossier analiza las formas, actores y contenidos de la propaganda estadounidense durante la Guerra Fría en un país que, como España durante el franquismo, presentaba notables particularidades en relación con su entorno: por el tipo y características de su régimen, y por su anticomunismo ferviente. Si por una parte no era preciso preocuparse de la influencia cultural soviética, por otra tampoco se podían defender o promover los mismos principios e ideas respecto a la libertad y la democracia. Al mismo tiempo, la importancia geoestratégica de España y el interés por establecer bases militares obligaban a un acuerdo con el régimen. Comenzaba además a plantearse la necesidad de establecer relaciones que asegurasen que una posible transición o cambio político no se realizase en contra de los intereses estadounidenses, para lo cual era clave contrarrestar el antiamericanismo tradicional del país (notable en los sectores más radicales del régimen) y comenzar a integrarlo al bloque occidental y sus instituciones. Y todo ello sin renunciar a los principios básicos defendidos por Estados Unidos en otros foros y sin aparecer ante parte de la sociedad española como el sustento de la dictadura. Para alcanzar ese difícil equilibrio, la propaganda estadounidense, manteniendo formas de actuación no muy distintas a las llevadas a la práctica en otros países en estos años, debió adaptar su discurso y desarrollar estrategias particulares. El conocimiento de todo ello, así como su ubicación teórica, metodológica e historiográfica, son los objetivos de este dossier de la revista *Ayer*.

Lo abre su coordinador, Antonio Niño, con un muy interesante análisis histórico y teórico acerca del uso de la propaganda cultural como instrumento de la política exterior. Parte de una reflexión en torno al espacio que ocupan las relaciones interculturales como ámbito complejo, rico y multidisciplinar entre la historia cultural y la historia de las relaciones

internacionales. El enfoque del dossier será comprender el factor cultural como una variable más dentro del análisis de las relaciones internacionales contemporáneas. A través de la revisión de conceptos y categorías usadas en diferentes disciplinas (propaganda, diplomacia pública, relaciones culturales, diplomacia cultural, imperialismo cultural), Niño nos muestra tanto sus significados como su evolución histórica y sus aportes al debate historiográfico actual, con lo que presenta un marco teórico y analítico de especial interés para la ubicación de la temática de análisis, tanto en el dossier como en estudios similares que pueden afectar a otras latitudes.

José A. Montero realiza un excelente examen de la evolución de la diplomacia pública en Estados Unidos y de los debates políticos e historiográficos en torno a ella, sobre todo en relación con la propaganda y las políticas culturales. Además de ubicar momentos, actores y argumentos a partir de los años treinta –trabajo de especial interés para acercarse a la producción bibliográfica sobre la cuestión– reflexiona acerca del concepto de “imperialismo cultural” y su rol en la interpretación de la política exterior estadounidense en los años setenta y ochenta, así como su revisión crítica tras el fin de la Guerra Fría. El interés y protagonismo que adquirió la cultura en las relaciones internacionales a partir de entonces (el “giro cultural”), la colocó al mismo nivel de categorías de análisis más tradicionales.

Tras estos dos trabajos de perfil más teórico e introductorio, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla reconstruye la maquinaria institucional de la propaganda estadounidense en España, definiendo su estrategia en función de las particularidades del régimen y la sociedad, y estudiando cómo se desarrolló esa campaña: sus elementos, estructuras, objetivos, destinatarios y variaciones temporales. La política estadounidense no comenzó a definirse y tener reflejo en la atención y recursos dedicados a España hasta 1948, si bien contó con precedentes en la Segunda Guerra Mundial y en el interés de limitar la influencia nazi. Desde 1950, año de inicio de las negociaciones para un acuerdo bilateral,

se hizo necesario un mayor esfuerzo que ayudase a crear un clima favorable y que, por tanto, superase el antiamericanismo común a la sociedad española, con sus expresiones particulares en los sectores más tradicionales y conservadores del régimen, entonces dominantes. Delgado muestra cómo España entró paulatinamente en los principales programas de la propaganda cultural estadounidense del período, especialmente educativos, y cómo el discurso se fue adecuando a las posibilidades reales y superando la contradicción que representaba una alianza con el franquismo al tiempo que en el resto de Europa se defendían principios de libertad y democracia.

El detalle de los canales de la propaganda de Estados Unidos en España lo realiza Pablo León Aguinaga, mostrando la forma en que se adaptaron estrategias y discursos para sortear principios básicos en pro del interés geoestratégico. Sus contenidos fundamentales son la evolución de las relaciones internacionales, con la Guerra Fría y la amenaza soviética como principal referente; el vínculo bilateral, sobre todo la ayuda económica y la cooperación resultante de los pactos de 1953; y una presentación amable de la sociedad estadounidense que ayudase a popularizar su modo de vida, defender su producción cultural y mostrar las aplicaciones de su desarrollo científico y técnico. El anticomunismo ni estaba presente ni era necesario en este discurso. Los medios para hacerlo efectivo fueron básicamente tres: los escritos propios o locales (prensa y publicaciones especializadas científico-técnicas); los audiovisuales, de fuerte repercusión social: proyecciones en locales propios y festejos populares, o presencia en emisoras radiofónicas y televisivas; y la diplomacia cultural y las relaciones públicas, destacando las Casas Americanas con sus servicios culturales y de divulgación. León especifica en cada uno de esos canales los destinatarios y contenidos, mostrando la diferencia —que por otra parte es constante en estas políticas y atraviesa todos los textos del dossier— entre propaganda y política cultural.

Fabiola de Santisteban Fernández nos revela el interesante papel jugado desde 1959 por la Fundación Ford y la sutileza en ocasiones (y según los públicos a los que se dirigía) de la política cultural estadounidense en estos años. El apoyo de la Fundación Ford se orientó a las elites intelectuales a través de instituciones privadas españolas y tuvo como objetivo ayudar a integrar a España en la comunidad atlántica y prevenir una posible inestabilidad política y social que pudiese poner en peligro los intereses geoestratégicos estadounidenses ante un incierto cambio de régimen. Tuvo también la

clara vocación de influir en la formación y prácticas de trabajo de ciertos sectores de las elites políticas, económicas e intelectuales del país, acercándolas a las que en esos ámbitos eran comunes en Estados Unidos y que difundían en el bloque occidental. La crisis de la Fundación a fines de los sesenta por su descubierto vínculo con la CIA acabó con estos proyectos y desde entonces su colaboración fue directamente con el Ministerio de Educación en la reforma del sistema educativo español de los setenta.

Finaliza Daniel Fernández de Miguel con un análisis sobre la evolución del antiamericanismo conservador durante el franquismo. Lo ubica en el marco del pensamiento tradicional conservador que arranca de fines del siglo XIX y muestra cómo se fue desdibujando desde la firma de los pactos bilaterales de 1953 y la ofensiva de la propaganda norteamericana. En este sentido completa la visión anterior refiriéndose a actores habitualmente ignorados o a los que se les presta poca atención, caso del apoyo a la Iglesia Católica (vía Cáritas), pilar del régimen y referente clave del antiamericanismo; las Fuerzas Armadas; o las que fueron elites del franquismo desde fines de los cincuenta, el Opus Dei y el mundo de la empresa, que se impusieron a Falange y los sectores tradicionalistas clave en la guerra civil y los años cuarenta.

Este dossier es hasta la fecha el trabajo más completo sobre la Guerra Fría cultural en España. Esos estudios, que están despegando con cierta fuerza en Europa en los últimos años, una vez ya habían adquirido cierto desarrollo en Estados Unidos, estaban hasta ahora bastante faltos de profundidad. El dossier cubre además lagunas en torno al conocimiento de las relaciones entre España y Estados Unidos. Y es autoría del único grupo de investigación en España sobre la cuestión, que aborda esta línea después de haber realizado importantes contribuciones a las relaciones culturales entre España y América Latina, por lo que cuentan con un sólido bagaje y un buen conocimiento del pensamiento hispanoamericanista y antiestadounidense de las décadas previas al franquismo.

Además de su interés intrínseco, es de relevancia este trabajo por las puertas que abre en cuanto al tema, pues aún quedan cuestiones de relevancia que abordar o profundizar, y en cuanto a estudios comparados con otros países europeos o latinoamericanos. Si bien es cierto que la particularidad española es notoria debido al franquismo y otros puntos ya señalados, ello no obsta para que prácticas y propuestas puedan ser objeto de análisis

comparado, pues ello daría pie, probablemente, a conclusiones y nuevas vías de interés. Y por último, pero no menos importante, algunos análisis como los de Delgado, León o Santisteban pueden ser referencia para avanzar en esas mismas cuestiones en otros países, significativamente en América Latina, en donde en general y hasta la fecha el conocimiento de estos temas es más limitado –con algunas excepciones, caso de México– y los primeros estudios comienzan a despuntar ahora.

Eduardo Rey Tristán,
Universidad de Santiago de Compostela.

Cómo se hace presidente a un candidato sin votos: Las elecciones protestadas de 1971 y la operación reeleccionista. Daniel J. Corbo. Montevideo: Planeta, 2009, 300 pp.

Daniel Corbo comparte en su vida al menos dos pasiones: la de historiador y la de político (fue presidente del Consejo de Educación Secundaria, consejero del CODICEN y diputado por el Partido Nacional). Dos caminos que dialogan, en su caso, en forma fructífera: su trabajo histórico no cede a la pasión partidaria, sino que se revela meticuloso y riguroso al momento de emitir conclusiones. Ya había demostrado esa habilidad en su libro *El plebiscito constitucional de 1980* (Montevideo: Puerta del Sur, 2006) y en esta nueva investigación no hace más que confirmarlo. En *Cómo se hace presidente a un candidato sin votos* se propone analizar la “operación reeleccionista” de Jorge Pacheco a efectos de determinar en qué medida influyó en la “pérdida del centro político y el repliegue de la política de compromiso” (p. 8).

El texto se inicia con un paneo sobre la situación política, económica y social durante fines de los años sesenta y comienzos de los setenta en base a fuentes secundarias. En el segundo capítulo se aborda el camino reeleccionista ensayado por Pacheco Areco, su intento infructuoso de lograr apoyos interpartidarios a través de sus contactos con el Dr. Martín Echegoyen (Alianza Nacional) y la fuerte oposición que recibió este proyecto dentro del Partido Colorado. La elección de Juan María Bordaberry fue fruto, según el autor, de una operación política: “Pacheco que era absolutamente conciente de las nulas posibilidades de la reelección, había continuado adelante con la misma como forma de asegurarse un fuerte grupo político adherido a su liderazgo personal, una gravitante

representación parlamentaria en el poder a través de un delfín” (p. 51).

Esta operación, evaluada por el autor como un “fraude técnico” (p. 57), habría permitido la transferencia de los votos de un candidato con respaldo popular (Pacheco) a otro sin votos propios (Bordaberry) aplicando las reglas electorales existentes. Los debates periodísticos y jurídicos y las intervenciones realizadas por Pacheco a favor de su “delfín” son trabajados profusamente en los dos siguientes capítulos. Y en los tres apartados que se insertan a continuación se realiza un mapeo minucioso, pero sin muchas novedades interpretativas, de las propuestas electorales de los tres partidos políticos más importantes que participaron en la elección de 1971, resumiendo sus sectores internos, y propuestas programáticas, incluyendo en algunos caso fragmentos de discursos de campaña de los candidatos.

Finalmente, en la última parte del libro, Corbo analiza en forma pormenorizada la jornada electoral de 1971 y las denuncias realizadas por el Partido Nacional impugnando las elecciones. Pasa así revista a los debates en la prensa local y las repercusiones que tuvieron en la Junta Electoral de Montevideo y la Corte Electoral. El rastreo aborda el problema de las urnas con lacrado roto, la existencia de más votos que votantes y de una puerta oculta en el Cilindro, donde se encontraban las urnas para el escrutinio definitivo. También se reproducen jugosos pasajes de la denuncia penal presentada por el nacionalismo ante el hallazgo de materiales de la elección en una planta fabril de Pando, fragmentos de testimonios tomados en la causa y el escrito que el Partido Nacional presentó para anteponer un recurso de reposición y apelación ante la Corte Electoral el 27 de enero de 1972.

El análisis de los datos existentes y los resultados de las elecciones de 1971 le permiten asegurar a Corbo que “las cifras oficiales del escrutinio no cierran” (p. 280), y que “la acusación de que hubieron más votos que votantes es incontrovertible y de que éstos pudieron resultar de una maniobra preparada, tiene visos de mucha probabilidad” (p. 285). El autor concluye su trabajo sentenciando “sin la menor duda que en las elecciones de 1971 fueron afectados los mecanismos garantistas de la pureza y verdad del sufragio, encuadrando la situación en las causas determinantes de la anulación de las elecciones” (p. 287).

En términos generales las conclusiones a las que arriba Corbo en cada uno de los apartados surgen de una metodología sólida pero encuentran algunas

dificultades al momento de dialogar con aspectos más globales del período. Este problema es especialmente visible con la hipótesis central de la investigación, el “fraude técnico”, que el autor evalúa como “el episodio político más grave de afectación de la verdad del sufragio, por lo menos desde las dos primeras décadas del siglo XX” (pp. 70-1), en la medida que el intento reeleccionista “desnaturalizó la voluntad política y mediatizó la verdad del sufragio, deslegitimando la primera magistratura del país, lo que sumando a las numerosas irregularidades del escrutinio, resultaron trágicas para la suerte de la institucionalidad democrática” (p. 9). Es una interpretación fuerte a la que se podría interpelar preguntando: ¿La “operación” de reelección tuvo un peso tan contundente en la deslegitimación del sistema democrático o fue una perla más del creciente autoritarismo del gobierno pachequista? Más aun, ¿no sería oportuno insertar explicativamente el proceso de transferencia de votos que efectivamente permitió la “operación reelección” como fruto/reforzamiento de una previa deslegitimación del sistema democrático antes que como un factor generador de ese fenómeno?

Si bien la fuerte conflictividad social, las acciones del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y otros grupos, la existencia de represión y tortura, la imposibilidad de implementar soluciones a la crisis desde los partidos políticos y la continua aplicación de Medidas Prontas de Seguridad son mencionadas en la primera parte del texto, no son puestas en diálogo con la hipótesis que articula la obra, parcializando así en exceso el análisis y forzando una relevancia que no se logra demostrar en las 300 páginas. El eje interpretativo parece así, más que nada, fruto de una aproximación excesivamente centrada en algunos aspectos político-partidarios que no da cuenta en forma eficiente del diálogo que se produjo en el período entre organizaciones sociales, partidos políticos, cambios y permanencias culturales, el afuera y el adentro, así como la incidencia de la protesta social en la transformación de los marcos de comprensión de la ciudadanía sobre el sistema político y la democracia uruguaya. Por último, esta excesiva focalización se detecta también en otro nivel: en el libro no se enmarca todo el proceso uruguayo en la región o en el contexto de la Guerra Fría. Corbo alude a esta dimensión apenas en un párrafo en la página 18, pero no intenta integrar su trabajo en un marco de reflexión más allá del Estado-nación, perspectiva analítica que permitiría enriquecer e innovar la mirada y las preguntas.

Diego Sempol, Universidad de la República

No se amolden al tiempo presente: Las relaciones Iglesia-sociedad en los documentos de la Conferencia Episcopal del Uruguay (1965-1985). Pablo Dabezies. Montevideo: OBSUR-Facultad de Teología del Uruguay Mons. Mariano Soler, 2009, 779 pp.

Desde que Héctor Borrat editara un señero y agudo trabajo sobre el episcopado local, en italiano y en el lejano 1984 (*Uruguay, 1973-1984: I messaggi e i silenzi*, Bologna: EMI-Quaderni Asal), poco se había adelantado en el conocimiento histórico acerca del desempeño de la Conferencia Episcopal del Uruguay (CEU) en las dos décadas posteriores al Concilio Vaticano II, sobre todo en el tema clave del relacionamiento con el régimen dictatorial en sus diversas fases. Sólo recientemente ese déficit historiográfico se ha comenzado a revertir, apareciendo investigaciones, en su mayoría provenientes del ámbito eclesial, que arrojan nuevas evidencias documentales al tiempo que buscan elaborar un primer “mapa” de conjunto sobre el episcopado uruguayo en ese período crucial. Entre esos trabajos cabe mencionar el texto pionero de Álvaro Martínez *La renovación conciliar en Montevideo: Impulsos y resistencias* (Montevideo: OBSUR, Serie Monografías 2, 1990) y la tesis recientemente defendida en la Universidad Gregoriana de Roma por el sacerdote católico Richard Arce *La recepción del Concilio Vaticano II en la Arquidiócesis de Montevideo, 1965-1985* (inédita, 2008), entre otros aportes que el autor aquí reseñado incluye en su bibliografía. En la misma dirección el Observatorio del Sur (OBSUR) ha jugado un papel central como centro de documentación y apoyo institucional de varios proyectos vinculados a estos temas.

No se amolden al tiempo presente, la sólida investigación que el sacerdote católico Pablo Dabezies (Montevideo, 1940) elaboró como tesis para optar al doctorado en Teología del Institut Catholique de París constituye un importante esfuerzo de conceptualización, recopilación bibliográfica y exhumación de un vasto corpus de fuentes editadas e inéditas que dan como resultado más de 700 páginas en las que se registra un período especialmente complejo del acontecer eclesial local y mundial entre la culminación del Concilio Vaticano II (1965) y el fin de la dictadura civil-militar en Uruguay (1985).

Dentro de esa delimitación temporal, el objeto de estudio acotado por el autor no incluye la totalidad de la Iglesia Católica uruguaya ni propone reconstruir la historia reciente de esa comunidad

(aunque el autor confiesa la “tentación” que lo asaltó en ese sentido), sino que se sitúa en un campo analítico más limitado: “se trata del recorrido de la enseñanza de la Conferencia Episcopal del Uruguay en un período concreto, en lo relativo a las relaciones Iglesia-sociedad. ... En este sentido, el desafío principal y concreto era el de equilibrar adecuadamente la dimensión historia/crónica del trabajo... con la propiamente teológica” (pp. 33-4). Es, en este como en otros aspectos, una obra de “transición” que transcurre entre la reflexión eclesial-teológica y la dimensión historiográfica, entre el autor partícipe de muchos procesos que reconstruye y el investigador que busca tomar distancia crítica de ese mismo acontecer.

Para llevar adelante la investigación, Dabezies recurrió a los archivos de la propia CEU, cuyas actas y demás registros internos conforman la documentación modular del trabajo, colocando énfasis en el carácter colectivo (de todo el episcopado local) y oficial del repertorio seleccionado. A ello sumó una amplia gama de fuentes conexas, desde declaraciones episcopales individuales hasta prensa y publicaciones periódicas, agregando, en menor medida, testimonios y entrevistas a algunos actores contemporáneos a los sucesos analizados. Partiendo de esa demarcación temática y metodológica, el cuerpo del estudio se divide en un preámbulo y tres grandes partes diacrónicas que intentan relacionar “la producción discursiva” y el accionar episcopal con los procesos político-sociales uruguayos, buscando en esa interacción claves explicativas para situar el “recorrido teológico” de la documentación emitida por la CEU.

En el preámbulo, el autor retoma investigaciones que cubren el período que se abre hacia la década de 1860, con algunas anotaciones previas, aportando nuevos elementos documentales para la muy poco estudiada etapa que transcurre desde la separación constitucional del Estado uruguayo y la Iglesia Católica (1917-9) y el comienzo de la crisis económica a mediados de la década de 1950. Quizás en este punto, como señalamiento marginal, el autor tome demasiado acriticamente la militante categoría de “iglesia gueto”, muy empleada en la década de 1960 por los partidarios de la apertura eclesial para caracterizar la fase previa al Concilio. Ella conlleva el riesgo de proporcionar una lectura finalista del proceso, donde todo tiende a desembocar en el Vaticano II quitando complejidad al período preconciliar, cuyas lógicas internas habría que examinar con mayor detenimiento como lo sugieren las numerosas referencias que el propio Dabezies facilita acerca de movimientos eclesiales y corrientes

teológicas que, aun tímidamente, operaban ya desde fines de los años cuarenta en el catolicismo local.

Los aportes decisivos de la investigación comienzan en los capítulos relativos a la primera recepción local del Concilio Vaticano II, a partir de una periodización que combina eventos y procesos locales con el acontecer eclesial latinoamericano y mundial. En la primera parte, Dabezies analiza ese primer pos-concilio, especialmente efervescente a nivel de jerarquía y laicado, entre 1965 y 1973, etapa caracterizada por una recepción creativa de la documentación conciliar (y de la emanada de la Conferencia de Medellín en 1968) y por el accionar de un episcopado consustanciado de las problemáticas sociales y políticas, donde sobresalen, entre otras, las figuras de Carlos Parteli, Luis Baccino y Marcelo Mendiharat. Esa primera fase marcó las mayores expectativas de transformación y un claro reposicionamiento de la Iglesia Católica en el espacio público, como lo ejemplifican entre muchos otros documentos la Carta de los Obispos de marzo de 1967 o las duras críticas sobre la violencia y las torturas presentes en la Declaración del Consejo Permanente de la CEU de junio de 1972, todos ellos cuidadosamente examinados por Dabezies. A partir de esta última fase, pautada también por la persecución política y luego el exilio de Mons. Mendiharat, comienza a revertirse de modo dramático el estilo aperturista y hasta confrontativo con las autoridades públicas que había manifestado la CEU, transformación que no sólo respondió a la situación local sino también a severas directivas de la Secretaría de Estado del Vaticano que cambiaron el equilibrio de fuerzas dentro de la Conferencia a favor de la facción “moderada”. En muchos aspectos, el golpe de Estado de 1973 no hizo más que acelerar de modo abrupto ese repliegue intra-institucional que ya se venía manifestando luego de la crisis de mediados de 1972, aumentando aun más la vigilancia y persecución policial-militar a organismos y movimientos laicales y del clero.

En esa dirección, los capítulos que abordan el período entre la ruptura institucional y 1981 proponen un cuadro en el que es realmente difícil reconocer en el accionar de la CEU al episcopado previo. Nuevos estilos de comunicación con las autoridades de facto, ahora principalmente castrenses (memorandos internos y conversaciones reservadas), un retorno discursivo “magisterial” a las temáticas consideradas como “típicas” de la Iglesia en las décadas anteriores (educación, aborto, derechos religiosos, “problema” del secularismo, etc.) y un predominio decisivo de los obispos “moderados”

sobre los más aperturistas (casi reducidos a un solitario Parteli) al interior de la CEU son sólo algunos aspectos que analiza minuciosamente el autor, como jalones que determinaron gran parte del itinerario episcopal en los “años de plomo” del régimen. El análisis de los avatares de la Carta Pastoral de octubre de 1975 (“Misión de la Iglesia”), cuyo derrotero reconstruye con detenimiento Dabezies, es un claro ejemplo de ese nuevo clima reinante al interior del episcopado.

Tal como la presenta el autor, la última fase de la dictadura y el proceso de transición a la democracia, entre 1981 y 1985, significaron para la CEU, como para el resto de los actores sociales, una lenta recuperación de la iniciativa y el renacimiento del diálogo y la presencia en la escena pública, con renovadas propuestas pastorales, pero también constituyeron etapa en la que los postulados conciliares quedaron tamizados por la dura experiencia anterior, perdiendo parte de su dinamismo. Como apunta el propio Dabezies, especialmente cauto en los alcances dados a sus interpretaciones, es difícil por el momento avanzar mayores hipótesis sobre este último tramo de la historia del episcopado hasta que no se abran a la consulta nuevos archivos eclesiales uruguayos y romanos, y se desclasifique documentación reservada de carácter estatal que pueda aportar nueva luz sobre el período.

Por último, la extensa “Mirada conclusiva” se detiene sobre todo en aspectos eclesiológicos tendientes a reflexionar sobre las herencias, vigencia y resignificaciones actuales del Vaticano II para la comunidad católica, debate que puede ser inscripto en la discusión mayor que desde hace más de veinte años viene protagonizando, entre otras, la “escuela” de Bologna, acerca de las rupturas y continuidades de ese legado luego de clausurada la Asamblea Ecueménica.

De este modo, la investigación desarrollada por Dabezies resume los avances logrados por la historiografía local acerca de la iglesia católica uruguaya contemporánea en sus relaciones con el poder político y la sociedad, constituyendo así un “estado de la cuestión” ineludible para el futuro, mientras que deja planteada una nueva y documentada interpretación de conjunto sobre el itinerario del episcopado en las últimas décadas, disparando múltiples interrogantes e hipótesis para seguir profundizando en ese trayecto. Discutir esta pieza y completar el “mosaico eclesial” con el resto de los actores constituye un considerable desafío para la historiografía reciente.

Mario Etchechury, Universidad de la Republica/ Universitat Pompeu Fabra

The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986. Edgar J. Dosman. Montreal & Kingston: McGill-Queen’s University Press, 2008, 599 pp.

For nearly four decades, Argentine economist Raúl Prebisch was both a leading engineer and advocate of Third World developmentalism. During the 1950s and early 1960s, as the executive director of the Economic Commission for Latin America (Comisión Económica para América Latina, CEPAL), Prebisch outlined a program for industrialization, long-term economic planning, and regional integration in Latin America—the region he knew best. Then, as secretary-general of the United Nations’ Conference on Trade and Development (UNCTAD), Prebisch turned his eyes toward the common aspects of underdevelopment in the Global South, more broadly. His famous thesis on the declining terms of trade between the industrialized and non-industrialized world—once described as a theory of “bloodless but inexorable exploitation” (Bernard Nossiter, *The Global Struggle for More*, New York: Harper and Row, 1987, 41-2)—became a foundational principle for various Third World alliances (the Non-aligned Movement, the Group of 77, and OPEC, among them), all of which demanded a more equitable international economic order. Now, with the recent publication of *The Life and Times of Raúl Prebisch*, Canadian academic Edgar Dosman has made an invaluable contribution to the history of this struggle for an alternative economic future, in Latin America and beyond. Through Dosman’s portrait of Prebisch, we see how a generation of Latin American economic modernizers waged an intellectual battle against the now discredited ideology of market fundamentalism.

As Dosman writes, the life of young Raúl Prebisch began near the city of Tucumán in Argentina’s sugar-growing northwest. It was there where his “disdain for the oligarchy” and “commitment to addressing the social question” blossomed, alongside a faith in positivist rationality. Barely a teenager, such convictions moved Prebisch to write to the newly created Economics Faculty at the University of Buenos Aires (UBA) requesting more information about an economics program which heralded itself as the first in Latin America to be established as a discipline independent from law. Soon after, Prebisch left for the capital and was trained as one of the country’s first professional economists.

In Buenos Aires, Prebisch briefly flirted with Socialist Party politics. The party's position on land reform appealed to him most. But his first and only formal affiliation with partisan politics was short-lived. According to Dosman, Prebisch quickly split with the Socialists after he was sternly reprimanded for publicly criticizing the party's post-World War I position on monetary policy. The cosmopolitan world of international political economy, rather than mass politics, became Prebisch's preferred milieu.

Prebisch's views on economic policy remained orthodox both through his student days and his time at the Argentine Central Bank, an institution he managed from 1935 to 1943. It was only during the final years of World War II that he began to reconsider his neoclassical upbringing. In the Central Bank's 1943 annual report, for example, he added his voice to others calling for a national discussion on "inward-directed growth." That same year Prebisch published the early elements of his declining terms of trade thesis. He also began a close reading of the British economist, John Maynard Keynes, publishing a comprehensive interpretation of Keynes's work for a Spanish-speaking audience in 1947—his *Introducción a Keynes*.

The period between Prebisch's dismissal from the Central Bank in October 1943 and his move to CEPAL in 1949 is one of the most historically rich sections of the Prebisch biography. However, discussed within the framework of an intellectual biography, Dosman leaves important parts of a concurrent social history untold. We read of Prebisch splitting time between the New Deal United States of Franklin D. Roosevelt, seminars with young economists at Mexico's Central Bank, and his teaching responsibilities in Buenos Aires. This was a time when, in Prebisch's words, "important theoretical problems emerged in my mind." "Why was it necessary," he asked himself, "for the state to play an active role in development? Why was it that policies formulated at the center could not be followed by periphery?" ("Five Stages in My Thinking on Development," in Gerald Meier and Dudley Seers, editors, *Pioneers in Development*, New York and Washington: Oxford University Press/World Bank, 1984, 176). But rarely do we see how an increasingly active Latin American trade union movement, for example, reshaped the political terrain upon which Prebisch conceptualized an activist state and a Latin American path toward social democracy. Nor are we provided with a full explanation for one of the most intriguing anecdotes in Dosman's text: Prebisch's derailed appointment to the International

Monetary Fund in the early months of 1949, shortly after being dismissed from the University of Buenos Aires by the Perón government. "We shall pay heavily for our folly in losing your services and the prestige which you would have brought to the Fund in its relations with Latin America ... Whom the gods wish to destroy they first make mad," read an IMF cable sent to Prebisch three months after having accepted a senior position with the Fund. In retelling the event, Dosman himself adds that "while no one could possibly argue that Prebisch was pro-communist, he was a Latin American who used terms such as 'core' and 'periphery' and was therefore not automatically 'safe' in the organization he would soon become famous for assailing.

To be sure, the fact that Prebisch himself explicitly sought a separation between the often capricious nature of cold war era politics and his brand of development economics makes adding social context to Dosman's account a difficult task. The Argentine dismissed his critics who pejoratively charged him as a practitioner of "economic nationalism." So too did he look with disapproval on those who manipulated the CEPAL's economic studies for use in political documents and manifestos. But beginning with his famous 1949 *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems*, Prebisch's highly-technical economic analyses did, in fact, take on immeasurable political significance for a region demanding that promises of postwar development and decolonization be fulfilled. As economist Albert O. Hirschman later remarked, *The Economic Development* itself became a "manifesto" for Latin America. Amidst the cold war, *cepalino* thought found itself walking a tightrope between the West's "Empire of Freedom" and the Soviet Union's "Empire of Justice"—advocating all the while political autonomy from both which was, in and of itself, a very political statement. A model which "synthesized socialism and economic liberalism," Prebisch himself maintained late in his life, would bring the region the fruits of the modern world.

Dosman's book opens new doors to conceptualize just how pervasive this goal of socializing liberalism was during the post-World War II period. And future studies can now use Dosman's work to understand the role Prebisch and the CEPAL played in reclaiming a space for important debates about social welfare and economic democracy. Indeed, it was precisely this discussion which tied the work of Prebisch together with more radical "dependentista" economists, organized labor, and new broad front political coalitions of the 1960s and early 1970s.

Edgar Dosman's achievement in reconstructing the life and times of Raúl Prebisch is impressive. The task included the loss of the book's original co-author, former CEPAL official David Pollock, who passed away before the project's completion. The fact that most of CEPAL's most coveted archival material was apparently destroyed during a flood at its Santiago offices makes Dosman's meticulous research –compromised of interviews with almost 100 former Prebisch colleagues, thorough examination of the economist's private papers, and work in the archives of numerous inter-American and international organizations– all the more remarkable.

Thanks to Dosman's work, we can be sure that the “gods” of neoliberalism who once sought the “destruction” of Raúl Prebisch and his economic ideas have not succeeded. And now, as movements for economic justice attempt to rebuild the state which neoliberalism dismantled, in Latin America most notably, there is no better moment to revisit both Raúl Prebisch's vision of and program for a more just social order.

Joshua Frens-String, New York University

El genocidio como práctica social: Entre el nazismo y la experiencia argentina. Daniel Feierstein. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008, 405 pp.

En 1928 Marc Bloch sentó las bases del método comparativo como herramienta epistemológica cuando sostuvo la necesidad de estudiar las sociedades europeas medievales a través de la elección “en uno o más medios sociales diferentes, [de] dos o más fenómenos que a primera vista parecen presentar ciertas analogías entre sí, describir sus curvas evolutivas, constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible.” (“A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas” en M. Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid: Akal, 1999, 115). El autor francés intentó romper con la historiografía nacionalista que entendía posible sólo el estudio de determinados fenómenos dentro de las fronteras del Estado-nación o de los reinos medievales. Este punto de partida abrió la puerta no sólo para la comparación de países o regiones, sino también para el análisis de fenómenos políticos, económicos, sociales y culturales que mostraban ciertas similitudes. En el siglo pasado, un área de trabajo en esa dirección fue la comparación de los procesos genocidas, en especial del nazismo, con otras experiencias como el aniquilamiento de la

población armenia por el Estado Ittihadista turco a comienzos del siglo o de población civil en Ruanda y Yugoslavia a fines del mismo. Estos trabajos, cuestionaron la idea según la cual los procesos genocidas modernos, en especial el holocausto judío, presentaban características únicas e irrepetibles.

El libro del sociólogo argentino Daniel Feierstein (Buenos Aires, 1967) se inscribe en esta línea de reflexión y articula la experiencia latinoamericana –la argentina en concreto– con la europea al analizar el proceso de exclusión y posterior genocidio perpetrado por los nazis contra la población judía de Europa y el exterminio masivo de militantes políticos, sindicales y estudiantiles, antes y durante la última dictadura militar argentina. Feierstein considera que los dos procesos no fueron sucesos excepcionales en la historia contemporánea sino el producto de las tecnologías de la aniquilación masiva propias de la modernidad y el capitalismo (con sus mecanismos de producción de la muerte). Al igual que el historiador italiano Enzo Traverso para el caso del nazismo (*La violencia nazi: Una genealogía europea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002), Feierstein sostiene que la dictadura argentina no fue el inicio de un proceso de aniquilamiento sino el punto de llegada de una escalada represiva iniciada luego del derrocamiento del primer gobierno peronista en 1955 y ambientada por la disputa política internacional de la Guerra Fría, las guerras de contrainsurgencia (Argelia y Vietnam) y la implantación de la Doctrina de la Seguridad Nacional para los países de América Latina.

El autor repasa las corrientes jurídicas, historiográficas, sociológicas y filosóficas que analizaron el genocidio en sus diferentes vertientes y explicita porque la expresión “práctica social genocida” puede ser utilizada para los hechos ocurridos durante la dictadura argentina más reciente. Según el autor, el genocidio no se limitó al aniquilamiento de colectivos humanos, sino que, y de allí su carácter de “práctica social”, provocó una reorganización de las relaciones sociales mediante la construcción (o “negativización”) de un enemigo (“judío”, “delincuente subversivo”), su hostigamiento material y simbólico, su aislamiento espacial y social, y su abierto exterminio.

Asimismo, se opone a la “teoría de los dos demonios” al plantear que sin un sustento social legitimante ningún proceso de este tipo puede cumplir con su cometido y que precisa de la sociedad para iniciar las fases de repudio y aislamiento del otro negativo. Con ello también desmitifica la idea según la cual el nazismo o el régimen militar

argentino fueron consecuencia del accionar automático o espontáneo de determinados sectores, sino que fue la sociedad, o los sectores mayoritarios dentro de la misma, los que avalaron la represión y el exterminio. El planteo de los hechos de aniquilamiento sistemático ocurridos en la Argentina como una “práctica social” brinda la posibilidad de quebrar una concepción que pretende reducir la discusión sobre las causas de la dictadura a la confrontación entre un bando insurreccional y otro “militar” que cometió un número determinado de delitos puntuales (privaciones de la libertad, tormentos, homicidios, violaciones, apropiaciones de menores) que serían apenas un problema entre los victimarios y sus víctimas directas (sobrevivientes o familiares).

Otro punto del trabajo es el análisis de las consecuencias sociales de los procesos genocidas. De esta forma, y siguiendo la idea de Michel Foucault sobre el “poder productivo” y no meramente represivo, plantea que el genocidio, por la vía de la destrucción material o simbólica, logró la anulación de manifestaciones de oposición. Uno de los dispositivos que el autor toma para ejemplificar este aspecto es la existencia de campos de concentración que, además de reunir en un mismo territorio a los llamados enemigos, tuvieron por objetivo escarmenar al resto de la población que no estaba recluida pero que temía ante la posibilidad de terminar allí. Por ende, el objetivo del campo, tanto en Europa como en Argentina, fue el de inspirar terror para evitar toda manifestación de oposición, fomentar la delación y la desconfianza. Así, entiende el autor, en las sociedades latinoamericanas pos dictaduras, la desconfianza, el temor a no repetir la historia, la ausencia de reciprocidad, el terror y el escepticismo para adoptar posiciones críticas fueron los modos sociales hegemónicos y una de las consecuencias más visibles de las dictaduras civil-militares.

El historiador inglés Ian Kershaw, sincerando su dificultad para deslindar algunos temas académicos del plano ético-político, planteó, ante el horror del holocausto, la imposibilidad de comprender cabalmente el nazismo como fenómeno histórico (*La dictadura nazi: Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, 20). Vinculado a esta postura podríamos hacer mención al paradigmático estudio del escritor búlgaro Tzvetan Todorov sobre los usos y abusos de la memoria. Todorov, partiendo de la experiencia genocida contemporánea, distinguió dos modos de memoria, a las que llamó “literal”, que queda anclada en los acontecimientos dolorosos para el colectivo que lo

sufrió, y “ejemplar”, que implica la posibilidad de transformar el sufrimiento de quienes padecieron el genocidio en la posibilidad de sentir compasión o solidarizarse con situaciones equiparables en el presente (*Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós, 2000). Bien vale la lectura del trabajo de Daniel Feiersten como un aporte para realizar un análisis del pasado abierto a la discusión, pero que también sirva para pensar un futuro en el que seamos capaces de comprender en qué marco social actuaron los verdugos de Sobibor o de la ESMA, o por qué murieron quienes pasaron por La Perla o Treblinka. No es una tarea menor para sociedades que, fragmentadas y sumidas en una nueva ola de miedo (al delito, la inseguridad, al terrorismo), reclaman al Estado un endurecimiento de sus deberes punitivos.

Nicolás Duffau, Universidad de la República

La dictadura cívico-militar: Uruguay 1973-1985. Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009, 398 pp.

Este libro constituye el primer intento importante por presentar una historia general de la última dictadura uruguaya desde 1987, año de publicación de la *Breve historia de la dictadura* de Gerardo Caetano y José Rilla (Montevideo: CLAEH-EBO), obra que sería una referencia duradera con una periodización, la de Luis E. González, grabada como un sentido común en los estudios sobre la dictadura.

El tiempo transcurrido podría explicar por sí solo las novedades que aporta esta nueva obra, pero las mismas se sostienen sobre una densa etapa de acumulaciones que conviene colocar en su propio escenario histórico. El impacto del voto ciudadano favorable a la “ley de caducidad” en abril de 1989 pareció cerrar, a través de su asunto más urticante, el de los derechos humanos, la búsqueda de respuestas a los hechos de aquel pasado reciente. El efecto en la academia fue también notorio: la dictadura quedó congelada en la investigación, al menos en sus resultados más visibles. Sin embargo, en la segunda mitad de los años noventa se produjo un nuevo impulso. Un conjunto de factores incidieron: entre otros, el reclamo de los familiares de desaparecidos, el conflicto latente entre desmemoria y memoria (tensión que cortó transversalmente a la sociedad y a los partidos) y el interés de viejos y nuevos historiadores. Y, cerrando el círculo, evidenciando un

rasgo intrínseco del caso uruguayo, lo político-partidario zurciendo el proceso. La convocatoria del senador Rafael Michelini a recordar los 20 de mayo desde 1996, la Comisión para la Paz del presidente Jorge Batlle en el 2000, la aplicación novedosa de la “ley de caducidad” por el presidente Tabaré Vázquez desde 2005, acompañada del acceso a archivos de la dictadura y la entrada de los antropólogos a los cuarteles fueron elementos legitimantes desde la esfera pública para el nuevo proceso de reflexión.

Esta etapa de “reencuentro” con la dictadura se vio plasmada en una numerosa producción histórica. Ambientada en la proliferación de estudios regionales sobre las dictaduras del Cono Sur y el entrecruzamiento de redes de investigadores a nivel internacional, se destacó la publicación a nivel nacional de decenas de trabajos que abarcaban temáticas parciales o específicas, compilaban testimonios o se abocaban a desarrollar pulidas cronologías documentadas.

Precisamente, los cinco autores de este libro no fueron ajenos a ese proceso. Bien por el contrario, entre ellos se encuentran los cuatro editores y un autor del libro compilación de un seminario que expresaba el nuevo empuje en la reflexión sobre esa época (Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé, editores, *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*, Montevideo: Trilce, 2004). Además, integraron los equipos de investigación de los voluminosos informes sobre desaparecidos y sobre terrorismo de Estado en Uruguay, siendo uno de ellos (Álvaro Rico) el coordinador de ambos (Presidencia de la República Oriental del Uruguay, *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos*, Montevideo: IMPO, 2007; Universidad de la República, *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en Uruguay*, Montevideo: FHCE-CSIC-UDELAR, 2008). Resultante de una sólida acumulación, este libro refleja un nuevo estado de situación con respecto a los estudios de la dictadura, donde se incorporan novedades y se abren las puertas para iniciar nuevos debates y visitar algunos de los viejos.

El formato del libro, cinco capítulos de autoría individual, parece atentar contra la idea de la obra colectiva que puede presumirse inicialmente. De hecho, los recortes temáticos y las propuestas metodológicas son efectivamente diversos. El lector no puede dejar de tentarse con abordarlos como artículos independientes. Sin embargo, una lectura atenta muestra un diálogo fecundo entre las partes, muchas veces explícito, tal vez más debido al camino

recorrido en conjunto por el equipo de investigadores que a un esfuerzo voluntario por dar sentido de unidad a la obra. Existen algunas líneas que recorren los cinco capítulos. Vale destacar dos que aportan a debates no concluidos ni en el ámbito académico ni, mucho menos, en el ámbito puramente político.

Uno de ellos refiere a la periodización de la dictadura. Cada capítulo, aun en referencia al ya clásico enfoque que indicábamos arriba, incorpora elementos de análisis para movilizar y resignificar las bisagras establecidas por aquél. Para empezar, una idea preside todos los capítulos de manera convincente: ni junio ni febrero de 1973 son una bisagra decisiva. En este sentido, este libro, por las evidencias y reflexiones aportadas, va a contribuir a establecer un nuevo sentido común en los estudios sobre la dictadura, y es el de que no es posible abordarla sin considerar las múltiples continuidades con el período anterior. También el pasaje de lo “comisarial” a lo “fundacional”, conceptos que han sido tan útiles para desagregar en etapas a la dictadura, es movilizad por los autores. Rico, al incorporar al estudio de ese tránsito el clivaje autoritarismo/totalitarismo, Marchesi evidenciando que 1975, “Año de la Orientalidad”, operó como un anticipo del ensayo fundacional de 1976; y Demasi cuando señala que el triunfo del No en el plebiscito de 1980 no fue tanto el arranque de una transición como un momento de incertidumbre que sólo decantaría en un proceso cargado de complejidades varios meses más tarde.

El otro elemento novedoso que recorre el libro es la incursión en un tema enunciado pero por lo general ausente de la investigación y refiere al costado civil de la dictadura cívico-militar, como cuando Demasi y Rico discuten el singular protagonismo de Bordaberry, cuando Yaffé y Markarian enfatizan en los papeles respectivos de los elencos civiles en las conducciones económica y de cancillería, o cuando Marchesi indaga en los componentes sociales del consenso buscado por la dictadura. He aquí un conjunto de pistas muy sugerentes para indagar, cruzando los aportes de cada capítulo, en torno a las redes civiles que dieron legitimidad al poder militar, a sus móviles e intereses particulares, y al grado de homogeneidad que mantuvieron entre sí y frente al elenco militar.

Por lo demás, cada capítulo presenta aportes novedosos.

Demasi, en su análisis de la evolución política, realiza una rigurosa reconstrucción atendiendo al componente simbólico de ciertos conceptos recurrentes en el debate político. Es de particular interés

seguir el itinerario del concepto de democracia en su recorrido antagónico con otros conceptos (“democracia-intervención militar”, “democracia-dictadura”, “democracia-marxismo”) y su transformación en el discurso de los actores. El autor logra así evidenciar la naturaleza dinámica de los actores militares, sociales y partidarios ante las diversas coyunturas. La focalización en el discurso de la prensa opositora es particularmente fecunda.

En su capítulo, Rico, en base a un frondoso despliegue teórico, es quien interpela más radicalmente el sentido rupturista del año 1973, incorporando la categoría de “gobierno bajo decreto”, bajo el cual se fijaron las bases institucionales, discursivas y represivas que pautaron la continuidad entre democracia-autoritarismo-dictadura de 1967 a 1973. Esa consideración le permite señalar la definitiva convergencia del pensamiento liberal y el conservador desde 1968 ante la amenaza de la izquierda y la movilización social. Esta idea abre nuevas preguntas: por ejemplo, las que indaguen en dos itinerarios en apariencia divergentes como son el viraje “quincista” de los sesenta y los movimientos pendulares del “wilsonismo” entre 1968 y 1972.

Yaffé propone una serie de hipótesis para entender las relaciones entre régimen político y modelo económico. La dictadura no habría implantado un modelo sino que profundizó el programa liberal iniciado en 1959; para ello, generó condiciones favorables, suprimiendo violentamente el diseño y confiando el rumbo a un elenco técnico civil en sintonía con los organismos internacionales. Aun así, los militares no perdieron el control sobre dicho elenco, proyectando un escenario de “impulso y freno” en las políticas liberalizadoras. Dos asuntos merecerían mayor profundidad en estudios posteriores: ¿cuál era la frontera precisa entre el componente tecnocrático civil nacional y el internacional?; ¿a través de qué mecanismos y con qué fundamentos los militares controlaron al elenco civil liberal?

El capítulo de Markarian, basado en valiosas fuentes primarias (archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y estadounidenses), indaga en el itinerario de la política exterior del régimen en su intención de “maquillar” la imagen del país ante las denuncias por violaciones de los derechos humanos. La evidencia obtenida por esta investigadora permite señalar diferencias tácticas entre, por un lado, los componentes más claramente doctrinarios del elenco civil, como el canciller Juan Carlos Blanco, defensor de las acciones del gobierno a partir del apego a los aspectos más reaccionarios de la

Doctrina de la Seguridad Nacional, y por el otro, los componentes pragmáticos, como el canciller Alejandro Rovira, procurando “dar cobertura” a los crímenes del Estado, esforzándose por recomponer la imagen del gobierno en Estados Unidos, opción que terminó prevaleciendo entre los militares.

Finalmente, Marchesi resalta que, por encima de la destrucción de cultura que practicó la dictadura, se evidenciaron esfuerzos por construir, ensayando construcciones simbólicas consensuales desde tres ángulos: la exaltación nacionalista, el sistema oficial de medios y la educación. En ese equilibrio precario entre represión y consenso, destaca el papel de algunos instrumentos ya desaparecidos (la Dirección Nacional de Relaciones Públicas, DINARP; el Consejo Nacional de Educación, CONAE) y otros vigentes y travestidos bajo el ropaje democrático, como el semanario *Búsqueda*, componente “crítico” de una esfera pública oficial.

Gabriel Bucheli, Universidad de la República

El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente. Claudia Feld y Jessica Stites Mor, compiladoras. Buenos Aires: Paidós, 2009, 399 pp.

Desde hace por lo menos tres décadas se han instalado dos debates en diferentes ámbitos académicos y de producción cultural: el primero refiere a la relación entre la historia y la memoria como diferentes formas de hacer presente el pasado y el segundo gira en torno al vínculo entre las imágenes, la realidad y la ficción. En ambos casos, los diferentes términos han sido muchas veces presentados en forma dicotómica o contradictoria, reduciéndose así la reflexión acerca de sus posibles relaciones y complementariedades. El libro *El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente* emprende la audaz tarea de analizar diferentes cruces entre ambas discusiones, intentando no subordinar el mundo de las imágenes y la memoria al de las palabras y la historia y poniendo el foco específicamente en los estudios y las representaciones sobre los años sesenta y la última dictadura militar en Argentina (1976-83).

El trabajo está dividido en cinco partes. La primera cuenta con un prólogo de Andreas Huyssen y una introducción de las compiladoras sobre las preocupaciones teóricas que dieron origen al proyecto y sus características principales. Las siguientes cuatro secciones refieren a las relaciones entre imágenes y testimonio, los vínculos entre imágenes,

política y terrorismo de Estado, las estrategias de representación de las experiencias de horror en Argentina, y algunas prácticas sociales y políticas vinculadas a la fotografía.

Se destaca el interés de muchos trabajos por relacionar la producción de imágenes sobre los años sesenta y setenta y su recepción. El artículo de Claudia Feld analiza de manera elocuente este tema, abordando los diferentes contextos de emisión televisiva de testimonios de víctimas del terrorismo de Estado producidos en diferentes momentos de la transición democrática. Desde otro punto de vista, el análisis de Valeria Manzano referido, entre otras cosas, a la campaña publicitaria del documental "Garage Olimpo" en 1999 muestra de manera sugerente cómo la imagen fotográfica de una mujer vendada intervino la ciudad de Buenos Aires simbolizando a la vez el terrorismo de Estado y la clandestinidad en la dictadura, la ceguera de la sociedad argentina que convivió con ese proceso y el fin de la década del noventa en la que se clausuró casi por completo el debate sobre el pasado reciente.

Se subraya a su vez el interesante equilibrio que los diferentes artículos logran entre la compleja reflexión teórica sobre la relación entre imágenes y memoria y la contextualización en la que se encuentran insertos los diferentes problemas. Las condiciones políticas y simbólicas para abordar el tema del pasado reciente en Argentina fueron muy oscilantes entre los inicios de la transición y el presente. Tanto en los diferentes artículos como en la organización general del libro este aspecto está especialmente cuidado, evitando comparaciones anacrónicas.

Otro de los asuntos analizados profusamente en el libro es la relación entre imagen, testimonio y verdad. Un aspecto especialmente complejo en este sentido es la ausencia de imágenes producidas en contextos de terrorismo de Estado como consecuencia de la propia censura. En este sentido, los autores asumen una mirada crítica con respecto a los distintos testimonios o documentales realizados durante la pos-dictadura que se preocuparon por suplir esta ausencia de imágenes. Las autoras Sandra Raggio, Claudia Feld y Lorena Verzero analizan en diferentes trabajos el estatuto de verdad que ocuparon los relatos de las víctimas ante la carencia de imágenes producidas en contextos de horror. Las autoras analizan cómo, a pesar de la diversidad de lugares desde los cuales fueron producidos los testimonios y sus sucesivas re-significaciones luego de la dictadura, nunca estuvo en cuestión el estatuto de verdad de estos relatos, minimizando en consecuencia su

carácter de reconstrucción posterior y parcial de los acontecimientos.

Algunos aspectos de orden más técnico, como las consideraciones en materia de procedencia de las imágenes, los archivos a los que pertenecen, su selección y re-significación con diferentes finalidades son problemas que se mencionan en muchos de los artículos, pero que son abordados con mayor precisión y profundidad por Carmen Guarini, Emilio Crenzel y Ludmila Da Silva Catela. Como bien expresan estos autores, la selección de las imágenes y la relación entre su contexto de producción y de circulación constituyen fenómenos esenciales para analizar sus posteriores utilidades que pueden oscilar desde los usos jurídicos o de protesta social hasta las realizaciones documentales o ficcionales.

Si bien el libro en su conjunto plantea numerosas problemáticas vinculadas a las imágenes y la memoria del pasado reciente argentino, los cambios técnicos o tecnológicos que han posibilitado o limitado la producción de cierto tipo de imágenes y que condicionan su perdurabilidad en el tiempo constituyen un asunto escasamente analizado y que sin duda permitiría formular nuevas preguntas y aportar ciertas respuestas que permanecen abiertas en muchas de las investigaciones.

Por otra parte, el debate sobre el papel social de las imágenes parece estar subordinado a lo largo del libro a los problemas de la memoria sobre el pasado reciente argentino. Sin embargo, el período transcurrido entre la década del ochenta y el presente fue testigo de mutaciones importantes en relación con la producción de imágenes, su circulación y su influencia en las representaciones sociales del mundo contemporáneo. Existe, en este sentido, una cierta independencia entre el cambio en la producción y circulación de las imágenes y la temática específica del pasado reciente, cuyo abordaje podría contribuir a formular nuevas interrogantes sobre algunos de los temas planteados a lo largo de las investigaciones. En general, la bibliografía de los artículos está claramente orientada a los estudios sobre memoria y pasado reciente y son menos abundantes las citas que refieren a los problemas de orden iconológico. En este último aspecto, la mayoría de los autores citan referencias ya clásicas e ineludibles como Roland Barthes, Georges Didi Huberman o John Berger. Sin embargo, en la última década se han publicado importantes títulos en español que analizan el papel de las imágenes documentales fijas y en movimiento en las transformaciones de las representaciones de la sociedad contemporánea, entre los que destacamos los de Jorge Ribalta (*Efecto*

real: *Debates posmodernos sobre fotografía*, Barcelona: Gili, 2004), Martha Rosler, (*Imágenes públicas: La función política de la imagen*, Barcelona: Gili, 2007) y Victor Burgin (*Ensayos*, Barcelona: Gili, 2004). Por otra parte, tanto en Europa como en Estados Unidos se ha desarrollado un campo de investigación específico conocido como “estudios visuales” que se preocupa por comprender la relación entre las imágenes, el contexto en la que circulan y su impacto en las representaciones sociales. Uno de los trabajos fundantes en esta materia es *Iconology: Image, Text, Ideology* de W.J.T. Mitchell (Chicago: Chicago University Press, 1986). No tenemos aún a nivel local una tradición en este campo de estudio y el libro de Feld y Stites Mor constituye un puntapié para profundizar en este sentido.

En resumen, *El pasado que miramos* es un libro con una gran diversidad de abordajes, en el que se cruzan de manera analítica debates que muchas veces se han desarrollado de manera independiente, contribuyendo de este modo a la construcción de espacios de reflexión interdisciplinaria inevitables en el análisis de las imágenes y de la relación de las mismas con la historia reciente.

Isabel Wschebor Pellegrino,
Universidad de la Republica

Intellectuals and Left Politics in Uruguay, 1958-2006. Stephen Gregory. Brighton–Portland: Sussex Academic Press, 2009, 234 pp.

La obra investiga la relación entre intelectuales y política, en el campo de la izquierda, entre 1958 y el comienzo del primer gobierno del Frente Amplio en marzo de 2005. El autor presenta concisamente su argumento del modo siguiente:

In essence, the book will argue that in the 1960s Uruguayan intellectuals helped to unify a fragmented left, and helped to broaden its constituency with a new kind of politics built on the need to revive the principles of consensus of dialogue in an increasingly polarized society. This endeavor foundered because the social and political rifts in Uruguayan society became so great that they permitted only a militarist solution from which all forms of dialogue were excluded. After the authoritarian period had put an end to the conditions in which such a dialogue was possible, redemocratization has seen the relationship between

intellectuals and politics take two paths, one following closely the progress of the political centre-left, the other staying resolutely independent of it (pp. 3-4).

Esta interpretación se organiza a lo largo de la obra en dos partes de cuidada simetría separadas por un breve capítulo (dedicado a dar cuenta someramente de la dictadura) que opera como interludio entre ellas. El principal argumento de la primera parte (“Towards Intellectual and Political Unity”) es que los intelectuales de la época (1958-73) cumplieron un papel político muy importante facilitando el proceso de unificación política de la izquierda y la conexión entre los partidos de izquierda y la sociedad. Para sostener la primera de estas dos hipótesis, el autor se basa en diversos documentos. En particular, hace un uso profuso del famoso “Réquiem para la izquierda” de Aldo Solari, en el que se analiza con toda crudeza el fracaso de comunistas y socialistas en la elección de 1962 y de los llamados a la unidad política de los partidos de izquierda provenientes de figuras del prestigio de Mario Benedetti (p. 37). Para defender la segunda de las hipótesis, Gregory argumenta que el prestigio alcanzado por algunos intelectuales de izquierda y la amplia difusión de sus obras contribuyeron a multiplicar el apoyo a las posiciones defendidas por los partidos de izquierda en las elecciones. Asigna especial importancia, desde este punto de vista, al manifiesto en apoyo al Frente Amplio publicado en *Marcha* el 26 de noviembre de 1971 firmado por 170 intelectuales.

La segunda parte (“Political Unity; Intellectual Dispersal”) reconstruye el proceso que va desde 1985 hasta el inicio del gobierno de Tabaré Vázquez en 2005. Gregory argumenta que la lógica del proceso es la opuesta a la del período anterior. Antes de la dictadura, los intelectuales contribuyeron a unir a los partidos de izquierda. Después de la dictadura, la izquierda se mantiene unida y se aproxima al gobierno, pero son los intelectuales los que se disgregan. En líneas generales, toda esta segunda parte es más novedosa que la primera. Es especialmente interesante, desde mi punto de vista, el capítulo 4 (“The Revenge of the Foreign”), en el que el autor contrasta las ideas, valores y principios de la nueva generación (formada en el clima de fin de la dictadura y bajo el impacto del posmodernismo) con el “sistema de creencias” de los jóvenes militantes de fines de los sesenta y principios de los setenta. Aunque quedó parcialmente eclipsada por el tradicional politocentrismo de la cultura uruguaya, durante la transición a la democracia se conformó

una nueva corriente cultural. Esta contracultura reivindicaba el “hoy” contra el “ayer”, el individualismo contra el militancismo, el rock and roll contra el canto popular, los juegos de video contra Cinemateca. Es la generación de Gustavo Escanlar (“estoy molesto, irritado y confuso”, solía decir antes de emprenderla con su enemigo de turno) y de Gabriel Peveroni, de periodistas como Daniel Figares, Gabriel Pereyra, Leonardo Haberkorn y Fernán Cisneros, o de intelectuales como Amir Hamed, Ruben Tani o, más tardíamente, Aldo Mazzuchelli con su tan simbólica reivindicación de Julio Herrera y Reissig. Son, desde mi punto de vista, en muchos sentidos, la reedición de los “del 45”: parricidas, apartidarios, libertarios, destructores de mitos, escépticos de la “uruguayez”, con cierto desprecio hacia el sistema político y la cultura política predominante. Pero, a diferencia de aquellos, no cultivaron el sentido de pertenencia a una generación ni teorizaron sobre esto. No construyeron una “marca” propia, ni exhibieron la misma capacidad (o vocación) para tomar y ejercer el poder cultural. Al rastrear algunos de los hitos fundacionales, influencias formativas y trayectorias personales de esta importante y relativamente poco estudiada corriente contracultural, el autor hace un aporte de indudable valor al estudio de la trama de las generaciones culturales en Uruguay.

También resulta destacable el esfuerzo analítico realizado por Gregory para identificar otras tendencias, más recientes, entre los intelectuales uruguayos en relación a la izquierda. El autor distingue los intelectuales que han acompañado y legitimado la trayectoria reciente del Frente Amplio y que funcionan como “intelectuales orgánicos” del proyecto político frenteamplista de aquellos que han virado, para evocar a Max Weber, desde la vocación del político a la del científico, desde la militancia partidaria a la actividad profesional en el campo de las ciencias sociales. Uno de los procesos culturales más impactantes de los últimos veinticinco años es, precisamente, la profunda transformación del campo de las ciencias sociales. Menciono solamente tres ejemplos: la historia política ha redescubierto a los partidos políticos; la economía puso en cuestión el estructuralismo “cepalino”, hegemónico en los sesenta, y se abrió a nuevas perspectivas teóricas y más altos estándares de formación académica; la ciencia política logró arraigarse y despegar rápidamente. La tensión entre la política (la vieja pasión) y su abordaje científico (desde las nuevas profesiones) atraviesa la obra de numerosos científicos sociales. El autor, que nos mira desde muy lejos pero no se pierde casi ningún detalle, nos ofrece un testimonio de

innegable valor para seguir pensando cómo resolver este antiguo pleito.

Según Gregory, en síntesis, puede hablarse de medio siglo de “diálogo frustrado”. El esfuerzo a favor del diálogo entre izquierda e intelectuales sólo habría sido posible en un momento excepcional, en el contexto de la transición al autoritarismo. Antes de 1968 y después de 1985 lo que caracteriza a la relación entre la izquierda política y la intelectualidad es el “diálogo frustrado”. Esto me conduce a mi primera, y principal, objeción con el argumento del libro. Esta interpretación del proceso me parece extraordinariamente discutible. Para decirlo rápidamente, es posible que, como suele ocurrir con los trabajos tan detallistas, las ramas no permitan ver el bosque. Es cierto que, cuando se mira el proceso con tanto celo como Gregory, aparecen choques, contradicciones, desencuentros. Es cierto que hubo y sigue habiendo tensión entre el Frente Amplio y los intelectuales. Es cierto que, con cierta frecuencia, la tensión se convierte en conflicto abierto. Es cierto que no son pocas las veces en que el viejo puente entre izquierda e intelectuales se tambalea y amenaza desplomarse. Pero, al menos para quien firma esta reseña, uno de los datos más importantes y significativos del funcionamiento del sistema político uruguayo es que existió a lo largo de medio siglo, y sigue existiendo todavía hoy, un vínculo estrechísimo entre los partidos de izquierda y la intelectualidad uruguaya. No me parece que pueda hablarse de un “diálogo frustrado”. En todo caso, es un diálogo complicado, de tono cambiante, en el que los interlocutores pasan del abrazo al rechazo, de la euforia a la furia. Los desencuentros pueden ser, a veces, frustrantes. Pero, en esencia, el Frente Amplio y los intelectuales siguen estando del mismo lado (ver Adolfo Garcé, Javier Gallardo y Paulo Ravecca, “Think Tanks and Experts in the Frente Amplio’s Government” en Adolfo y Gerardo Uña, coordinadores, *Think Tanks and Public Policies in Latin America*, Buenos Aires: CIPPEC-SIENA, 2010). Quienes realmente tienen un problema grave para construir un diálogo fecundo con la intelectualidad son los otros partidos políticos uruguayos, especialmente el Partido Nacional y el Partido Colorado. Dicho sea de paso, la deuda con esta temática se sigue acumulando.

Mi segunda objeción refiere al aporte específico de la intelectualidad al proceso de unidad, desarrollo institucional y crecimiento electoral de la izquierda. No será quien firma estas líneas quien niegue el poder político de las ideas. Pero la primera parte del libro atribuye a los intelectuales una influencia

mayor a la que al menos este lector estaría dispuesto a conceder. Los principales actores de la construcción de la unidad política de la izquierda fueron los partidos y no los intelectuales. Desde luego sería cometer una enorme injusticia decir que Gregory no toma en cuenta a los partidos. De hecho, dedica mucho espacio a presentar y discutir, con lujo de detalles, los esfuerzos realizados a favor de la unidad política desde los distintos partidos de izquierda. Relega, incluso, el análisis de su objeto principal (los intelectuales) durante todo el capítulo 3 para concentrarse en la descripción del Frente Amplio (creación, estructura, programa). Pero, si mi interpretación del proceso es correcta, en general, el papel de los partidos y de sus tradiciones políticas no está planteado en su justa medida. Es posible que los intelectuales hayan contribuido a ampliar la “constituency” de la izquierda, como dice el autor. Sin embargo, no lo hicieron por haber contribuido a revivir la tradición política del diálogo y del consenso en una sociedad crecientemente polarizada como propone Gregory y como puede leerse en la transcripción realizada al comienzo de esta reseña. Todo lo contrario: es muy probable que los intelectuales hayan contribuido a aumentar la audiencia de los partidos de izquierda, pero contribuyendo a la polarización de la sociedad. Sin llegar al extremo de interpretar a los guerrilleros como “intelectuales armados”, como ha sostenido Hebert Gatto en un ensayo brillante (*El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguayo, 1963-1972*, Montevideo: Taurus, 2004), los intelectuales de los sesenta arrojaron combustible sobre la chispa que terminó incendiando la pradera. La forja de la unidad del Frente Amplio, su indudable capacidad de negociación entre sus fracciones y las reglas consensualistas que estructuran su organización interna tampoco tienen mucha relación con una suerte de “pedagogía del diálogo” que habrían realizado los intelectuales de izquierda de esos tiempos. En realidad, parecen guardar más relación con la mejor tradición política nacional (la coparticipación entre partidos, los pactos entre caudillos, la construcción de unidad desde la diversidad) que con la siembra ideológica de los intelectuales.

Se trata, en suma, de un libro sobre un tema apasionante. La investigación es seria, rigurosa, minuciosa. El autor (un académico de merecido prestigio) trata con absoluto respeto y buena voluntad a su objeto de estudio. Algunas de sus interpretaciones están muy bien fundadas y son plenamente compartibles. El libro aporta algunas novedades muy valiosas. Es, por sobre todas

las cosas, un trabajo muy útil, por el impactante volumen de información que maneja acerca de la relación entre el mundo de las ideas y la dinámica política del Uruguay. Algunos de sus principales argumentos abren un gran espacio para el debate y la crítica.

Adolfo Garcé,
Universidad de la República

In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War. Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (editores). Durham, NC: Duke University Press, 2008, 439 pp.

Este libro colectivo presenta en lenguaje accesible las novedades de la academia estadounidense sobre el período de la historia mundial que conocemos como Guerra Fría, especialmente en relación a América Latina. Se trata de una compilación algo diferente de la que Spenser realizó en *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (México: Porrúa, 2004) con trabajos provenientes de un encuentro realizado en México en 2002 y un énfasis mayor en autores y asuntos de ese país. Pero, al igual que ese antecedente, la versión en inglés da cuenta de varios cambios interpretativos el período en cuestión: un distanciamiento de las explicaciones basadas en las grandes potencias, un desplazamiento de los análisis sostenidos en los juegos de poder y las relaciones diplomáticas, y una distensión de las fronteras entre propuestas culturales y proyectos políticos.

La primera sección se titula “Nuevos enfoques, debates y fuentes”. Aporta un panorama de las colecciones documentales recientemente disponibles escrito de forma amena por Thomas Blanton, director del National Security Archive, la organización que más ha hecho para facilitar el acceso a los documentos desclasificados del gobierno de Estados Unidos. Viene luego un largo artículo de Joseph (“Lo que sabemos y lo que deberíamos saber”) que argumenta a favor de tejer más apretadamente las historias locales y nacionales con la narrativa de la Guerra Fría y propone estudiar esos procesos en base a la dinámica “revolución-contrarrevolución” planteada por Greg Grandin en *The Last Colonial Massacre: Latin America and the Cold War* (Chicago: Chicago University Press, 2004). Esta perspectiva tiene las virtudes de reconocer la diversidad del impacto de las potencias en los contextos nacionales

y regionales y dar justa dimensión a la influencia de Estados Unidos en la peripecia latinoamericana.

Desde esas premisas, Joseph repasa los abordajes de la Guerra Fría en la historia de las relaciones internacionales (o historia diplomática, según el apelativo tradicional). Luego de identificar sus periodizaciones, debates y falencias, advierte contra el encandilamiento de las nuevas fuentes y llama a ampliar el espectro de temas, actores y dimensiones de análisis, con énfasis en la historia cultural, los grupos antes descuidados (mujeres, campesinos, estudiantes, etc.), las dinámicas locales y los contactos transnacionales. Joseph se suma a quienes, como Odd Arne Westad en *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2005), exhortan a poner el foco en el “sur global” para entender un conflicto frecuentemente reducido a dos poderes. En relación a América Latina, esto significa cuestionar la visión de los procesos locales como meros epifenómenos y de sus actores como marionetas en una lucha que los trascendía. De este modo, se revalorizan las dimensiones locales y globales que explican los ciclos de violencia y represión que vivió la región luego del breve florecimiento democrático al final de la Segunda Guerra Mundial.

Eso hacen los tres excelentes artículos de la siguiente sección bajo el explícito título de “América Latina entre las superpotencias: Realpolitik internacional, la ideología del Estado y la latinoamericanización del conflicto”. En primer lugar, Spenser parte de la crisis del Caribe de 1963 para desbrozar lo que se sabe sobre las acciones soviéticas en América Latina. A continuación, Piero Gleijeses condensa la abundante evidencia documental y ricas hipótesis de su libro sobre la presencia cubana en las luchas independentistas y revolucionarias africanas (*Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2002). Por último, Ariel Armony resume sus investigaciones sobre el papel de los militares argentinos en los conflictos centroamericanos de los setenta y sus relaciones con diferentes agencias del gobierno de Estados Unidos (*Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984*, Athens: Ohio University Press, 1997). Estos tres textos prueban con creces el rendimiento de una idea-fuerza de la introducción de Joseph: la necesidad de atender a la independencia relativa de cada país en relación a la clásica determinación de campos del conflicto global o, mejor dicho, las estrategias particulares de algunos gobiernos para

sacar provecho a ese enfrentamiento en función de sus agendas.

La importancia de los aspectos culturales y simbólicos en esos conflictos, otro tema clave de la introducción, organiza la extensa sección sobre “Luchas cotidianas sobre cultura y representación en la Guerra Fría latinoamericana”. Esta preocupación, que guió otros emprendimientos de Joseph (especialmente *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, NC: Duke University Press, 1998, compilado con Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore), aparece aquí de formas diferentes. Seth Fein se centra en las limitaciones que la política mexicana impuso a los programas encubiertos de comunicación del gobierno de Estados Unidos. Eric Zolov explora las movilizaciones estudiantiles de 1961 en Morelia deteniéndose en el impacto de la Revolución Cubana sobre la percepción de las instituciones culturales estadounidenses en esa ciudad. Steven Bachelor analiza la influencia que tuvo la expansión de la industria automovilística estadounidense en los conflictos obreros y en el surgimiento de una conciencia de clase en México. Stephen Pitti estudia los reclamos de los trabajadores inmigrantes y muestra la eficacia de las estrategias de organización desplegadas bajo el influjo de César Chávez en Estados Unidos. Esta acumulación de estudios sobre México implica cierta desproporción en el diseño de la sección, ya que se trata de un país excepcional en la historia latinoamericana con su pasado revolucionario, su carácter fronterizo entre el norte y el sur del continente, su particular política exterior en el siglo XX y su relación de vecindad con Estados Unidos.

Los otros dos artículos de esta sección abandonan por fin México al tiempo que incorporan el análisis de género. En el primero, Victoria Langland prueba la productividad de la nueva historia cultural al plantear el influjo que el contenido sexual asignado a la participación de las mujeres en las movilizaciones estudiantiles de los sesenta tuvo en las prácticas represivas del gobierno autoritario brasileño. En el segundo, Carlota McAllister trata de mostrar las fuerzas contradictorias que afectaron los procesos de modernización capitalista de una zona rural de Guatemala, donde las mujeres indígenas tomaron en sus manos la resistencia a las demandas de los brutales regímenes represivos que gobernaron ese país a partir de 1954.

Al cerrar el libro, Spenser sostiene que se consiguió poner “patas arriba” la “historia convencional de la Guerra Fría”, trascendiendo “los paradigmas

dicotómicos” e incluyendo “sujetos humanos a menudo marginalizados” para “ubicar los intereses nacionales, las políticas de Estado y la economía internacional en la esfera político-cultural en la que el poder estatal es desplegado e impugnado a través de representaciones, sistemas simbólicos y nuevas tecnologías, reconociendo que el ejercicio del poder no fluye solamente de las políticas e intervenciones de los Estados sino que también funciona a través del lenguaje y los sistemas simbólicos en las prácticas cotidianas.” Puede objetarse, sin embargo, que los aciertos más importantes están en los textos dedicados, precisamente, al nivel estatal, a la participación de diferentes países latinoamericanos en la “guerra civil internacional” que enfrentó a las potencias mundiales, a la imbricación de sus historias nacionales con los conflictos globales. El panorama es más confuso en el terreno de lo cultural y simbólico. Aunque la tercera sección da cuenta de que, efectivamente, “la Guerra Fría se peleó en muchos frentes”, está presente todavía el riesgo de caer en la sumatoria de temas y enfoques sin definir una agenda de investigación que vincule más firmemente cultura y política. De todos modos, el grupo de académicos reunidos por Joseph y Spenser logra aportar pistas fundamentales para encarar esta apremiante tarea, haciendo de este libro una lectura ineludible para todos los interesados en esta etapa de la historia latinoamericana.

Vania Markarian, Universidad de la República

Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo. Mario Rapoport y Claudio Spiguel. Buenos Aires: Emecé Editores, 2009, 522 pp.

Una de las mayores contribuciones de *Relaciones tumultuosas* para entender la historia de la Argentina de posguerra es reinstalar al peronismo dentro de la narrativa de la Guerra Fría. En general, los trabajos sobre el peronismo analizan su relación con Estados Unidos en función de alguna versión de la “excepcionalidad” argentina: sea ésta su particular cercanía con el eje durante la Segunda Guerra Mundial o el carácter autoritario del peronismo en una región que vivía una ola de democratización apenas terminada la guerra.

Rapoport y Spiguel, en cambio, sitúan esos datos junto al estudio de la política exterior norteamericana para observar la relación entre Estados Unidos y el primer gobierno de Perón en el marco de la búsqueda del primero de una estabilidad

duradera en la región. Esa paz hemisférica estaba basada en una alianza con sectores liberales que le permitieran a Estados Unidos consolidar un frente político inmune al comunismo y al mismo tiempo incrementar las relaciones económicas con una región que ahora presentaba un perfil variado, con distintos grados de industrialización (pp. 174 y 184). En ese contexto, el “problema” del peronismo aparece menos como un resabio fascista que despertó las ínfulas liberales alimentadas al calor del triunfo aliado sobre el nazismo y más como un movimiento político que anticipaba los conflictos que signaron la Guerra Fría latinoamericana: la reacción de Estados Unidos ante movimientos nacionalistas que montaban su legitimidad sobre la expansión de derechos sociales y políticos hacia las nuevas masas urbanas industriales, ofrecían resistencia a una integración económica regional dominada por ese país y buscaban enfatizar el lugar central de esos derechos sociales y políticos en el orden político hemisférico emergente.

Para ver las múltiples dimensiones de este objeto, los autores mantienen dos focos simultáneos. El primero, puesto en la transición de la política exterior estadounidense hacia Argentina desde el enfrentamiento temprano y virulento contra el peronismo (política corporizada en Spruille Braden) hasta los distintos intentos de convivencia conflictiva que duraron hasta el golpe que derrocó a Perón en 1955 (pp. 210-6). En línea con los argumentos que Lloyd Gardner desarrollara en relación a la “política del buen vecino” de la década del treinta en el clásico *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, Rapoport y Spiguel dejan en claro que los cambios de la política estadounidense durante las décadas siguientes fueron variaciones sobre un mismo fondo: el esfuerzo por limitar el proceso de industrialización argentino que el peronismo intentaba garantizar mediante sus políticas de protección y su agresivo intento por ampliar y mejorar el perfil externo de la economía argentina. Con las administraciones de Truman y Eisenhower, la llegada al poder de una nueva generación política menos vinculada al New Deal y más preocupada por los equilibrios de posguerra hizo que la hostilidad hacia el peronismo, y hacia los populismos latinoamericanos en general, adquiriera una cara distinta, pero que nunca se tradujo en cooperación o convivencia.

El segundo foco de *Relaciones tumultuosas*, precisamente, está puesto en la evolución del propio peronismo y su mirada de Estados Unidos. Ésta parece marcada por un fuerte enfrentamiento inicial sobre el cual Perón construyó el tono antiimperialista

de su movimiento y desplegó una serie de iniciativas internacionales que englobaba dentro de la idea de una “tercera posición”, alternativa al comunismo y al capitalismo, con la que aspiraba a contrabalancear el peso estadounidense en la región. La estrategia comenzó a perder vigor hacia 1948 fruto de las limitaciones de la economía argentina que Estados Unidos aprovechó para aislar su expansión regional y su presencia central en el mercado alimentario mundial. El Plan Marshall, en ese sentido, operó como un arma perfecta que al mismo tiempo que reactivaba la economía europea garantizaba mercados para los productores primarios estadounidenses y reducía las chances de competir de productores como Argentina. Las ambivalencias posteriores de la tercera posición peronista, a mitad de camino entre el apoyo tibio a la intervención norteamericana en Corea en 1950 y el Acta de Santiago de 1953, fueron fruto de esa debilidad estructural.

En *Relaciones tumultuosas*, estas dos dimensiones están atravesadas por dos ejes que enriquecen el análisis de un período que ha sido largamente estudiado y no por eso suficientemente comprendido. Una de esas dimensiones es la puesta de la relación de Estados Unidos con el peronismo en el contexto más amplio de la rivalidad histórica con la que Argentina buscó hacerse fuerte en la región y que dominó el pensamiento de sus elites desde fines del siglo XIX (pp. 19-26). La otra es el extenso trabajo en archivos británicos. La confesión de Churchill a Roosevelt (“dependo de ese país para más del cuarenta por ciento de mi carne importada”, citada en p. 76) no sólo muestra la dimensión del “problema argentino”, sino que exhibe cómo el repliegue de la presencia británica en Argentina y en la región es una variable central para entender las relaciones bilaterales entre el peronismo y Estados Unidos y, más en general, para estudiar las dinámicas diversas que tuvo la segunda mitad del siglo XX en la región.

Los autores vuelcan así décadas de especialización en el peronismo al servicio de entender la relación bilateral en un contexto temporal y geográfico amplio. Las preguntas que abre la lectura de *Relaciones tumultuosas* tienen que ver, sobre todo, con la interpretación de aspectos claves de ese período. Una de esas preguntas remite al lugar del peronismo en la emergencia de la lógica de la Guerra Fría en América Latina. En un plano más bien tradicional, Rapoport y Spiguel ven la oposición temprana de Braden como un derivado anticuado de la lucha contra el nazismo y los acercamientos posteriores al peronismo como evidencia de la relevancia declinante de la región con la emergencia del conflicto

con la Unión Soviética. Sin embargo, la idea de que “Latinoamérica constituiría, hasta el triunfo de la revolución Cubana en 1959, sólo una retaguardia” (p. 97) termina por oscurecer justo aquello que el libro podría iluminar: la forma en la que la centralidad que adquirió el peronismo desde 1945 anticipa preocupaciones profundas de Estados Unidos que pusieron en marcha la Guerra Fría unos años más tarde, marcada en la región por el endurecimiento de posiciones en la batalla por la expansión de derechos para las nuevas masas urbanas y el desarrollo de economías que pudieran sustentar esa inclusión con cierta autonomía respecto de Estados Unidos.

Los autores bien mencionan que “el anticomunismo de Braden juega a la par de su odio a los nacionalismos latinoamericanos” (p. 132) pero no explotan esa simultaneidad. A los efectos de entender ese periodo, quizás sea menos relevante que “los identificara con el nazismo” y más interesante ver cómo la lógica conservadora de Braden anticipaba, en su mirada del peronismo, el discurso que el liberalismo estadounidense iba a enarbolar para América Latina en las décadas siguientes. La falta de atención a ese lugar temprano del peronismo en las preocupaciones de Estados Unidos es aun más evidente en otros tramos: los autores mencionan el telegrama de George Kennan del 22 de febrero de 1946 (pp. 93, 154, 177 y 327), considerado como el origen de la Guerra Fría, pero omiten el hecho central de que ese texto fundacional mencione a Argentina como uno de los tres lugares en el mundo de los que puede emerger la amenaza a Estados Unidos (y por tanto pasan por alto la coincidencia de que esa referencia se produjera 48 horas antes del primer triunfo electoral de Perón). El equívoco puede obedecer a que los autores refieren al “Long Telegram” como el artículo que Kennan publicó en la revista *Foreign Affairs* bajo el seudónimo “X”, pero se trata de dos textos levemente distintos. El “Long Telegram” es en verdad una respuesta al Departamento del Tesoro acerca de porqué la Unión Soviética no quería integrar el Fondo Monetario Internacional (Argentina fue otro de los países que se opuso) y el artículo, publicado quince meses después, fue editado acorde a la importancia que el conflicto había adquirido. Pero es justamente del estudio de ese breve intervalo entre el final de la Segunda Guerra y el comienzo de la Guerra Fría de donde pueden surgir las conclusiones más reveladoras.

La otra duda que *Relaciones tumultuosas* deja pendiente es la del objetivo de la política exterior peronista. Los autores insisten en afirmar que más

que “un intento por rivalizar con Estados Unidos por la supremacía” regional se trató de “una búsqueda de mayores márgenes de autonomía frente a la hegemonía económica y política de las grandes potencias” (p. 236). Al igual que la mayoría de los estudios sobre el período, los autores producen la diacronía de tomar los resultados de la política exterior peronista como el objetivo de la misma. El primer gobierno de Perón desarrolló una enorme ofensiva política y económica para relegar a Estados Unidos en la región, liderar y condicionar a sus vecinos, y hacer valer el peso central de Argentina en el mercado mundial de alimentos. Que el resultado haya sido un mínimo margen de autonomía habla más de las serias limitaciones de esa estrategia y del crecimiento exponencial del dominio estadounidense finalizada la guerra que de cómo Perón percibió ese tiempo histórico y las reacciones que su política despertó. Una dinámica que, en muchos aspectos, adelanta el tono de los conflictos en la región en las décadas siguientes.

Ernesto Seman, New York University

La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972). José Rilla. Montevideo: Editorial Sudamericana, 2008, 525 pp.

Desde el título, el historiador José Rilla explicita su punto de partida y su intención: el primero, la existencia del pasado en el presente en tanto éste es representado, reformulado y utilizado desde el ahora; la segunda, explorar las formas en que los partidos uruguayos se han vinculado con el pasado y han usado la historia para definirse, diferenciarse y convocar a la ciudadanía. Habida cuenta de la presencia constante de la historia en la política uruguaya y de su uso recurrente por parte de los actores políticos, el autor se pregunta por el alcance de las prácticas de historización llevadas a cabo por los partidos, concebidos como “patrias subjetivas” desde las cuales se reconstruye el pasado, se produce memoria y se estructuran historiografías. En otras palabras, en qué medida el uso de la historia ha contribuido tanto a la producción de identidad como de retórica política, entendida esta última como tarea de persuasión y argumentación, problema que remite, como lo señala el autor, a la historiografía política en un campo de análisis fronterizo con la historia intelectual y cultural que en la producción uruguaya encuentra escasos antecedentes.

El origen de esta indagatoria se sitúa en la percepción de una fuerte discontinuidad en la relación de la sociedad uruguaya y de los partidos políticos con el pasado procesada a fines del siglo XX. La reforma constitucional de 1996, la victoria electoral de la izquierda en 2004 y la discusión en torno a los derechos humanos, habrían configurado un escenario en el que los actores carecieron de insumos históricos que sirvieran de base para un libreto eficaz en un contexto nuevo, en el que los roles como gobierno y oposición habían cambiado drásticamente y parecía necesario revisar el pasado y la tradición.

La coyuntura elegida está delimitada por los dos golpes de Estado que dieron inicio y fin a la etapa que el autor denomina “Uruguay clásico”, en la que los partidos volvieron a la arena política sin restricciones, no sin experimentar transformaciones en sus formas de agregación y socialización, y desafíos provenientes de la emergencia de actores políticos no partidarios. El recorrido parte de la reconstrucción de algunos antecedentes historiográficos y teóricos en torno a los usos públicos de la historia. El autor concluye que esta noción ha sido explotada con relación a episodios traumáticos como guerras y revoluciones, pero no en referencia a la rutina cívica democrática y, por ende, a los partidos políticos y sus tradiciones. Aun así, se manifiesta convencido de la utilidad de los aportes teóricos revisados para su tema, fundamentalmente de la noción de “lugares de la memoria” de Pierre Nora y de los estudios franceses en torno a los usos de la historia por los partidos en la segunda posguerra, utillaje conceptual con el que se dialoga a lo largo del libro.

Aunque el tramo temporal elegido corresponda al siglo XX, el autor considera imprescindible ir al XIX, en una búsqueda orientada en dos direcciones: primero hacia una tradición antipartidista y luego hacia las producciones de Eduardo Acevedo y Juan E. Pivel Devoto, a los que engloba como relatos de la nación, el gobierno y los partidos. Ambas líneas, sostiene Rilla, definieron un “régimen de historicidad”, un modo de articular presente, pasado y futuro. La alternativa negadora de los partidos es analizada a través de los que tuvieron como reclamo una política racional (entendida como no caudillesca): el Partido Colorado Conservador, Manuel Herrera y Obes, Andrés Lamas, Carlos María Ramírez y José Pedro Varela, éste último como representante de una corriente que buscó trascender la política partidaria desde la educación pública.

Las obras de Acevedo y Pivel son analizadas en tanto narraciones matrices, textos historiográficos con pretensiones explícitas de generalidad que

a su vez cumplieron una función pedagógica y de influencia en las élites y formadores de opinión. Configuraron un “régimen de historicidad” en el que la historia de Uruguay es la de su gobierno republicano y la de sus partidos. Acevedo, sostiene Rilla, centrado en la historia de la administración y del Estado, una historia más colorada que blanca; Pivel, enfocado en blancos y colorados como fundadores de la nación y la república, inhibidores del establecimiento de un orden oligárquico.

Un abordaje de los usos políticos de la historia no podía eludir el tratamiento de la figura de Artigas. El análisis de Rilla consolida la idea de que Artigas constituyó una “zona de concordia” construida desde la historiografía y desde los partidos en el parlamento. Desde este ámbito, sostiene el historiador, se delineó, fundamentalmente en las décadas del cincuenta y sesenta, un perfil de Artigas que respondiera a las inquietudes de la coyuntura tal como la vivían los diferentes legisladores del momento. La izquierda no quedó al margen del consenso sobre Artigas. En este sentido, Rilla puntualiza que el costo de usar la historia en beneficio de una nueva tradición política fue aceptar códigos y panteones ya existentes. Artigas se constituyó en el “Padre” cuyo legado fue retomado en forma genuina por el Frente Amplio a los efectos de continuar una historia interrumpida.

El batllismo de mediados del siglo XX es el marco en el cual el autor observa un “régimen de historicidad” que reafirmó la continuidad de los partidos, cuando éstos desplegaron discursivamente los temas tradicionales en lo que Rilla marca como una restauración de ideas que acompañó a la procesada en la política. Desde el análisis de lo que llama textos codificadores de la tradición –como el de Giudici y González Conzi para el Partido Colorado– y de debates en torno a temas como la tensión blanquismo–nacionalismo para los blancos, constata la reafirmación/reconstrucción de rasgos identificatorios como la asociación de los colorados con el concepto de partido de gobierno y de los blancos con la defensa de las libertades.

Las líneas trazadas en este periodo restaurador se consolidaron en el “Uruguay clásico”, marcado por la autocomplacencia colorada con el pasado y la respuesta crítica desde el Partido Nacional. Ésta se alimentó de la crisis de mediados de los cincuenta y se tradujo en una perspectiva revisionista de la historia inspirada por el pensamiento de Luis A. de Herrera, considerado decisivo por el autor para el armado de un relato diferente al colorado, al que luego contribuyeron Martín C. Martínez y Lorenzo Carnelli. La conjunción del revisionismo histórico

y del pensamiento crítico, expresado por Carlos Quijano y Carlos Real de Azúa, estuvo según el autor en el inicio de un cambio en el “régimen de historicidad”, representado por Benito Nardone, Eduardo Victor Haedo y Alberto Methol Ferré. Este cambio se profundizó con la reflexión sobre el pasado realizada por *Marcha*, Vivián Trías, Roberto Ares Pons y Carlos Maggi en un contexto pautado por la erosión de la centralidad de los partidos tradicionales, la radicalización de las posiciones y el aumento de la violencia. Lo político, señala Rilla, movilizaba nuevamente el valor del pasado, que aparecía como opaco o inservible en la retórica de las figuras públicas, de corte refundacional y omisa en la defensa de las instituciones democráticas. A comienzos de los setenta, con el discurso tupamaro, la crisis del Uruguay coparticipativo y un Frente Amplio instalado en la democracia pero tensionado por el accionar guerrillero, se marcaron los límites de un “régimen de historicidad”.

Este libro realiza contribuciones significativas a la historiografía de los partidos y la política en Uruguay por una serie de razones. En primer lugar, por el abordaje de una temática no explorada para el caso uruguayo que acerca a los lectores a la idea de los partidos como entidades constructoras de significaciones y gestoras de memoria, que han modelado conciencia cívica y que, al introducir la perspectiva de la historia intelectual, amplía el campo de las nociones de lo político. En segundo lugar, por operar sobre el objeto de estudio con conceptos teóricos eficaces y con potencia explicativa, tales como “régimen de historicidad” y “narraciones matrices”. En tercer lugar, por analizar un período que ha sido escasamente investigado desde el punto de vista de la historia política y que puede ofrecer muchas pistas para la comprensión de los procesos posteriores. En cuarto lugar, por ofrecer todo un programa de investigación con preguntas y problemas abiertos. A este programa, fermental en su propuesta, le incorporaríamos una perspectiva generalizadora que permita ubicar los usos de la historia por los partidos uruguayos en una conceptualización más amplia, habilitante de un abordaje comparativo a nivel regional y global, que no está presente en la obra, si bien el autor se preocupa por marcar las tendencias del afuera que considera de influencia en los procesos locales. Finalmente, señalaremos como una contribución no menor al quehacer historiográfico la intención del autor de hacer permanentemente partícipe al lector de su itinerario mental, deslindándose de esa “historia autoritaria” (en el sentido utilizado por James Clifford, citado en

esta obra (p. 73) y mostrando que tan importantes como las respuestas son las preguntas que el investigador se formula.

Silvana Harriett,
Universidad de la República

Un pequeño lugar bajo el sol: Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya, 1935-1938. Ana María Rodríguez Ayçaguer. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-CSIC, Udelar, 2009, 454 pp.

En 1935, Uruguay, tras varias dilaciones, terminó plegándose a las sanciones que la Sociedad de Naciones impuso a Italia luego de la invasión de Etiopía, aunque en 1938 el país reconoció la soberanía italiana sobre la nación africana. En ambos momentos el gobierno uruguayo adoptó las posturas promovidas por el Reino Unido. Este libro se propone analizar qué papel jugaron en estas decisiones –así como en la forma en la que se les dio cumplimiento más allá del aspecto formal– los factores económicos, la relación con los países de la región y la simpatía política de la administración encabezada por Gabriel Terra y Luis Alberto de Herrera hacia el régimen de Benito Mussolini.

Su autora es investigadora del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República y se especializa en el estudio de las relaciones diplomáticas uruguayas en la primera mitad del siglo XX. Sus trabajos más recientes sobre esa temática son: *Selección de informes de los representantes diplomáticos de los Estados Unidos en el Uruguay, Tomo I: 1930-1933* (Montevideo: FHCE, Udelar, 1997); *Entre la hermandad y el panamericanismo: El gobierno de Amézcaga y las relaciones con Argentina, 1943* (Montevideo: FHCE, Udelar, Serie Papeles de Trabajo, 2004); y “Eugen Millington-Drake y la diplomacia cultural de Gran Bretaña en Uruguay, 1934-1941” (en Ana Frega y Beatriz Vegh, compiladoras, *En torno a las “invasiones inglesas”: Relaciones políticas y culturales con Gran Bretaña a lo largo de dos siglos*, Montevideo: FHCE, Udelar, 2007).

A igual que esos textos, esta nueva investigación de Rodríguez Ayçaguer se apoya en un extenso examen de documentos ubicados en diversos repositorios en Italia, Uruguay y Estados Unidos, además de los diarios de sesiones del Poder Legislativo, los

reportes económicos de la época, como el Boletín Aduanero y los Anuarios Estadísticos, y los debates que el conflicto italiano-etíope suscitó en la prensa uruguaya. Los siete capítulos de la obra –a los que hay que sumar un amplio anexo documental– siguen el desarrollo cronológico de los sucesos y en cada uno de ellos se observa la preocupación por cubrir no sólo las variables comerciales sino también la incidencia que fueron cobrando los distintos actores políticos locales y regionales; este último aspecto es potenciado por una generosa sección fotográfica.

Así, tras una introducción que presenta las condiciones iniciales del episodio –con especial énfasis en la importancia económica de las exportaciones uruguayas a Italia y Gran Bretaña–, el segundo capítulo describe la posición uruguaya y la de otros países del Cono Sur ante la Sociedad de Naciones al tiempo que traza un perfil de Alberto Guani (representante uruguayo en Ginebra) que incluye varias críticas formuladas en la época hacia la formación de una “clase diplomática” ajena a los problemas del país. Las reacciones de los distintos sectores políticos son estudiadas, en este capítulo y en los siguientes, a través de los periódicos que –como la gran mayoría de la prensa uruguaya durante el siglo XX– respondían directamente a directivas partidarias. La oposición al terrorismo y el antifascismo se expresaba a través de *El Día* (colorado battlista), *El País* y *El Plata* (blancos independientes), en tanto los sectores “situacionistas” tenían su voz en *El Pueblo* (colorado terrista), *El Debate* (blanco herrerista), *El Bien Público* (católico) y *La Mañana* (colorado riverista, corriente cuyo líder, Pedro Manini Ríos, había participado de las asambleas fundacionales de la Sociedad de Naciones en 1921, estableciendo un antecedente sobre la reserva uruguaya a la hora de plegarse a sanciones económicas internacionales). En el tercer capítulo se repasa la carrera del diplomático peninsular S. Mazzolini (en base al artículo de Juan Oddone, “Serafino Mazzolini: Un misionero del fascismo en Uruguay”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 12:37, diciembre de 1997) y se aborda el accionar del *fascio* local que llegó a enviar voluntarios hacia el campo de batalla africano.

“Uruguay frente a la crisis internacional de octubre de 1935” y “La diplomacia uruguaya y la estrategia de duplicidad” son los capítulos centrales del libro, en tanto detallan las circunstancias del accionar uruguayo en Ginebra. La autora echa luz sobre la forma en que Guani intentó posponer, y luego atenuar, las consecuencias de un pronunciamiento oficial sobre el tema para la relación entre Uruguay e Italia, dado que debía conciliar

las exigencias de Inglaterra y Francia con el peso económico que tenía el comercio con la península y aun con las repercusiones sociales que podría haber aparejado la imposición de “sanciones exageradas” en un país con una fuerte presencia migratoria italiana. Cuando el gobierno debió finalmente instruir a Guani —tras un seguimiento atento de la posición argentina, principalmente, e indagando las posturas de Chile, Brasil y Estados Unidos—, le recomendó que, llegado el caso de imponerse sanciones a Italia, deberían votarse “las mínimas y las que [no] tengan carácter activo”. Guani pronunció un discurso sobre la necesidad de soluciones pacíficas y recordó los problemas internos que sanciones extremas podrían ocasionar en Uruguay. Rodríguez Ayçaguer recalca la ausencia de palabras de condena hacia las maniobras militares italianas. La prensa uruguaya alberga discusiones sobre la obligatoriedad del cumplimiento de lo resuelto por las Sociedad de Naciones y también muestra el cuestionamiento del herrerismo sobre su utilidad. La política “pura” no queda fuera de la discusión: desde *El País* se combate con ironía la doctrina fascista, en tanto que desde *El Debate* se celebra el ímpetu militarista del gobierno italiano. Más tarde, el propio presidente Terra felicitó a Italia por la conquista territorial (pero, aunque alabó la fortaleza de la conducción del Duce, aclaró que ella sólo es posible en un país con un pasado monárquico e imperial, lejano a la tradición democrática uruguaya) y el senador Herrera emprendió una entusiasta gira por Italia en 1937.

El capítulo “La victoria italiana y el problema del reconocimiento de la conquista de Etiopía” presenta la ambigüedad de la posición uruguaya hacia el levantamiento de las sanciones económicas (al que era claramente favorable) y hacia la aceptación del “Nuovo Imperio Romano” proclamado por Italia tras la anexión del país africano. Rodríguez Ayçaguer contextualiza esa ambigüedad al presentar las soluciones de compromiso que adoptó Estados Unidos respecto al reconocimiento de los embajadores italianos, pero también analiza detalladamente las rispideces diplomáticas causadas con Argentina, cuyo ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Saavedra Lamas, había sido en 1933 el principal impulsor del pacto antibélico de Washington que obligaba al no reconocimiento de la soberanía de los países agresores sobre los agredidos (en 1936 recibió el premio Nobel de la Paz). Las sanciones económicas fueron levantadas y el reconocimiento del nuevo estatus imperial italiano se produjo en 1938 como consecuencia de los esfuerzos de Gran

Bretaña por complacer a Mussolini para alejarlo de Hitler.

Rodríguez Ayçaguer apoya con base documental —especialmente comunicaciones de Mazzolini a Mussolini— la tesis de que Uruguay decidió acatar la resolución de la Sociedad de Naciones solamente en el plano formal. No es menor el dato de que —siguiendo la postura argentina— el gobierno uruguayo sometió la aplicación de las sanciones contra Italia al referéndum del parlamento, pero éste —con mayoría absoluta del oficialismo desde el golpe de Estado de 1933— jamás trató el tema, buscando ganar tiempo hasta que el problema diplomático se solucionara por la vía de los hechos, como finalmente ocurrió. Refuerza esta tesis el análisis de un acuerdo comercial confidencial celebrado entre Uruguay e Italia en diciembre de 1935, cuando ya debían regir las restricciones. El análisis económico del episodio (que debe lidiar con la opacidad de un complejo sistema de compensaciones comerciales y cambiarias surgido luego del crack bursátil de 1929) tropieza con la ausencia de datos para el período (1936-8) en que el efecto de las sanciones debía repercutir en la balanza comercial uruguaya. En base a fuentes secundarias, Rodríguez Ayçaguer llega a la conclusión de que el comercio entre Uruguay e Italia disminuyó levemente, aunque no se puede establecer si fue por causa de las sanciones económicas o como prolongación de una tendencia anterior. Queda sí demostrado plenamente que el volumen del comercio con Italia y sus aliados era importante, pero menor que el de Gran Bretaña, Francia y compañía.

Algunos grandes temas abordados de manera lateral constituyen aportes a tener en cuenta en diversas áreas. Por un lado, esta investigación contribuye al estudio de la política de relaciones exteriores del gobierno de Terra (que Rodríguez Ayçaguer ya abordó en el artículo “La diplomacia del anticomunismo: La influencia del gobierno de Getúlio Vargas en la interrupción de las relaciones diplomáticas de Uruguay con la URSS en diciembre de 1935”, *Estudios Iberoamericanos* 34:1, enero-junio de 2008). Asimismo, el episodio analizado ilumina la historia de los movimientos antifascistas locales, ya que la invasión italiana a Etiopía precede apenas unos meses al estallido de la Guerra Civil Española, el hito fundante del antifascismo como corriente de opinión poderosa en el Río de la Plata. Por otra parte, el trabajo es un aporte significativo para una visión de largo alcance sobre la historia de las relaciones internacionales de Uruguay, ya que, entre otras cosas, ilustra de manera eficaz el margen de maniobra con el que debió operar una de las líneas

más influyentes de la diplomacia uruguaya, diseñada por los sectores conservadores —con Herrera como principal teórico— y muy poderosa aún hoy día; bastan como ejemplo de su vigencia las diversas muestras de desconfianza hacia los procesos de integración regional que atraviesan todo el arco político uruguayo.

José Gabriel Lagos,
Universidad de la República

Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974-1983. Pablo Yankelevich. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, 2010, 362 pp.

Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974-1983, del historiador Pablo Yankelevich, es un libro atractivo por donde se lo mire. Se trata de una compilación de seis estudios monográficos, fruto de cerca de veinte años de trabajo. La calidad de los textos da cuenta de la seriedad con la que se ha desarrollado la actividad de investigación y reflexión. Y el uso de diferentes y atinados recursos metodológicos hace de este libro un importante aporte al campo de la Historia Contemporánea Reciente. Las fuentes provienen de archivos de diferentes características, incluyendo repositorios documentales particulares y un variado repertorio de fuentes orales. Es destacable el uso balanceado de estos recursos, dándose primacía a unos sobre otros según el objeto sobre el que se centra la mirada.

El primer artículo realiza una reconstrucción cuantitativa del fenómeno del exilio, inscribiéndolo dentro de las consecuencias materiales de la mecánica represiva asociada a la Doctrina de Seguridad Nacional y describiéndolo como un proceso colectivo pero producto de acciones individuales. Luego de una intervención sobre las características de las fuentes con las que reconstruye el proceso, analiza temporalmente el flujo migratorio, señalando el incremento sustancial que se verifica en la década del setenta y destacando tres períodos: 1974-5, en el que se superpone un patrón de emigración tradicional con la llegada de los primeros exiliados políticos; 1976-9, cuando arriba a México la mayor cantidad de exiliados políticos; y 1979-83, en el cual coexisten los exiliados políticos provenientes de Argentina, con aquellos que migran a México después de haber vivido otras experiencias de exilio y quienes provienen del “exilio económico” asociado con el fracaso de la política económica del “Proceso de Reorganización Nacional”. Las cifras son consideradas también según

variables etarias y ocupacionales, señalando la escasa representación de los sectores populares. Además, se advierten las particularidades del asilo político provisto por el gobierno mexicano que, si bien representa una cifra pequeña en comparación con el exilio de argentinos en general y con el de asilados de otras nacionalidades en el mismo período, permite al autor reconstruir el comportamiento de la diplomacia mexicana al respecto.

El libro continúa con una reconstrucción de la problemática del asilo diplomático en la embajada mexicana en Buenos Aires desde 1973 hasta 1983. Más precisamente, se ocupa, sobre la base del archivo de la embajada y de la cancillería mexicanas, de las dificultades en la labor diplomática que enfrentaron los representantes mexicanos en Argentina en torno al problema de los asilados, más allá del mantenimiento de relaciones más o menos normales entre ambos países con posterioridad a marzo de 1976.

El tercer estudio aborda la historia de las actividades políticas de los exiliados argentinos en México, subrayando la existencia de diferentes grados de conflictividad entre las organizaciones. Se reseña la vida de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y de otras organizaciones menores. Dentro de una minuciosa descripción y comparación de ambas organizaciones, se detallan las diferencias políticas entre las mismas en torno a ejes como la guerra de Malvinas o las actividades culturales a realizar en los “centros de estudio” que cada una de estas organizaciones fundó. Además, revisa el desarrollo de experiencias editoriales como *Controversia* o la radical *La República*. Asimismo, tomando como ejemplo la experiencia de “La Coordinadora” que se organizó con fines denuncialistas de la dictadura, señala las dificultades de coordinación entre exiliados de diferentes vertientes políticas. Finalmente, se reseña la disolución de las organizaciones en torno a la crisis de Montoneros, en el caso de la COSPA y en relación con el retorno de la democracia en Argentina, en el del CAS.

El siguiente trabajo es un extenso catálogo de la vida de los periodistas y sus producciones en el exilio. El abordaje es múltiple: las publicaciones de los exiliados, la composición de la comunidad de periodistas y su inserción profesional. Asimismo, se realiza un pormenorizado seguimiento de algunos núcleos temáticos en su tratamiento en la prensa mexicana: el mundial de fútbol de 1978, las Madres de Plaza de Mayo, la guerra de Malvinas, los debates que se desarrollaron entre los periodistas e

intelectuales que decidieron exiliarse y los que no, y las intervenciones culturales de los exiliados en diarios y revistas de la sociedad receptora. Por último, se analiza el inicio de la transición a la democracia en la Argentina y su impacto en la prensa mexicana. Uno de los mayores logros de este artículo es la manera en que el autor teje los procesos políticos y sociales argentinos con los efectos y procesos que desencadenaron en el exilio mexicano.

El último capítulo del libro, titulado “El espejo mexicano”, es construido con fuerte énfasis en la dimensión subjetiva del exilio a través de la metodología de la historia oral. En este trabajo se abordan los problemas de las memorias del exilio, los procesos subjetivos de reconfiguración identitaria de los exiliados en cuanto emigrantes y las relaciones que se entablaron entre mexicanos y argentinos exiliados. Así, se intenta responder preguntas sobre las causas del exilio y las estrategias de salida del territorio nacional. También se aborda el tema de la elección de México como sociedad de acogida, dada la cercanía cultural y la histórica imagen de receptividad de la sociedad mexicana hacia los perseguidos políticos. Otros aspectos que son tratados son la inserción laboral, el establecimiento geográfico, la educación de los niños y la sociabilidad de los argentinos en México. En relación con lo anterior, el autor gira sobre la idea de una segregación voluntaria de los exiliados como modo de construcción identitaria. Por último, Yankelevich retoma lo que al comienzo del libro anuncia como origen de su investigación: la construcción de una identidad “argemex” y los modos en que las dos generaciones que vivieron el exilio compatibilizaron y metabolizaron la experiencia.

Un balance de la obra nos lleva a señalar, en primer lugar, su importancia al abonar al campo de las investigaciones que amplían el espectro geográfico y temporal de los estudios de historia argentina y refieren a procesos que la ciencia histórica solía considerar “exógenos”. En segundo lugar, aunque existen trabajos monográficos sobre el exilio argentino en varias compilaciones, éste es el primero que se ocupa de un caso de exilio en el que la sociedad receptora es latinoamericana. Por último, las múltiples entradas al tema del exilio argentino en México sientan una pauta de trabajo para futuras investigaciones, lo que convierte a este libro en un estudio de referencia en el campo de estudio de los exilios asociados con las “dictaduras de la seguridad nacional” en América Latina.

Melisa Slatman,
Conicet/Universidad de Buenos Aires

The Seduction of Brazil: The Americanization of Brazil during World War II. Pedro Antonio Tota. Traducción de Lorena B. Ellis; introducción de Daniel J. Greenberg. Texas: University of Texas Press, 2009, 159 pp.

Mucho antes de que la Guerra Fría reorganizara el mundo bajo los parámetros del comunismo y el capitalismo, algunos países de América Latina habían comenzado a replantear su relación con las futuras superpotencias aprovechando el espacio de negociación brindado por la Segunda Guerra Mundial. Brasil fue uno de ellos. Gobernado por Getulio Vargas, este país se encaminó a estrechar los lazos con Estados Unidos, especialmente a partir de los años treinta, cuando la política del “big stick” derivó hacia una menos intrusiva de “buena vecindad”.

En *The Seduction of Brazil* –publicado nueve años antes en portugués como *O imperialismo sedutor: A americanização do Brasil na época da Segunda Guerra* (San Pablo: Companhia das Letras, 2000)–, el historiador brasileño Pedro Antonio Tota nos acerca a un momento en el que Brasil y Estados Unidos establecieron un intenso circuito de intercambio político y cultural. Es necesario mencionar que, en comparación con el título original del libro, la traducción al inglés lo hace afortunadamente ambiguo, pues bajo el término “seducción” se incluyen tanto los elementos de Brasil que atrajeron a los estadounidenses como los de Estados Unidos que encandilaron a los brasileños. La relación entre ambos países no era nueva ni extraña. En un reciente libro, Micol Seigel (*Uneven encounters: Making Race and Nation in Brazil and the United States*, Durham, NC: Duke University Press, 2009) estudia el imaginario común en torno a la raza que las élites de ambos países compartieron desde los años veinte. Asimismo, Greg Grandin (*Fordlandia: The Rise and Fall of Henry Ford's Forgotten Jungle City*, Nueva York: Metropolitan Books, 2009) rescata el proyecto empresarial que Henry Ford trató de establecer en la selva brasileña por esos mismos años.

Pero antes de que el modelo estadounidense fuese abrazado por las autoridades y luego diseminado al resto de la población a través de la cultura popular, era necesario deshacerse de otras influencias que pudiesen representar una competencia, como la alemana. Esta se había extendido desde la Primera Guerra Mundial hasta los años cuarenta, especialmente en el ámbito militar, donde los oficiales brasileños miraban con suspicacia si no con desdén a Estados Unidos mientras no disimulaban

su simpatía por la “Blitzkrieg” nazi. La actitud de desprecio era compartida por otros sectores de la sociedad, no sólo en Brasil, que veían a los estadounidenses como arrogantes, además de poco educados y carentes de elegancia. En su famoso ensayo *Ariel*, el uruguayo José Enrique Rodó llegó a oponer el materialismo anglosajón al refinamiento de los pensadores latinoamericanos.

The Seduction of Brazil pone en evidencia el delicado balance que trató de establecer el presidente Vargas durante la Segunda Guerra Mundial, de manera que pudiese negociar con los países en conflicto según estos fuesen ganando o no. El libro revierte así la imagen de que los países latinoamericanos se lanzaron desesperadamente en pos de la simpatía estadounidense. Como bien se desprende de este estudio, lo que hubo fue más bien una negociación, desarrollada en el plano cultural, en la que ambas partes supieron sacar provecho mutuo, mientras los países de la región competían entre sí para asegurar una posición futura en el escenario de lo que luego sería la Guerra Fría. La narración de Tota nos coloca en un período de acercamiento cordial entre ambos países, al menos si uno recuerda las opiniones más que negativas del presidente Theodore Roosevelt luego de su viaje a Brasil. Veinte años más tarde su sobrino, el también presidente Franklin D. Roosevelt, estuvo en Brasil en una visita que terminó plasmada en un lienzo —el mismo que sirve como portada del libro— que lo retrata en un jeep departiendo alegremente con Vargas.

Durante estos años, la industria fílmica se esforzó por presentar la imagen de un continente unido en la misma causa con Estados Unidos, como lo reflejaban las películas de Walt Disney, en particular *Alô Amigos*. En ella, el Pato Donald —punta de lanza de la propaganda fílmica antifascista— pasea por la ciudad con *Zé Carioca*, bebe “cachaça” y es seducido por una bahiana. Junto al cine, Estados Unidos desplegó otra de sus armas más eficaces: las ferias, que fueron rápidamente asimiladas por Brasil. En la Feria de Nueva York de 1939, Brasil tuvo un pabellón que le permitió presentar las bondades del país: fibras textiles, minerales, maderas, algodón, ropas tejidas artesanalmente, entre otras. Pero el pabellón brasileño buscaba también involucrar al visitante estadounidense en una experiencia sensorial única a través de la música y la imagen. Ello permitió exportar la imagen de un país multicultural que celebraba esta herencia por medio del carnaval, el mismo que fue transmitido por radio a Estados Unidos por esos años.

Esta relación no se desarrolló sin fricciones, algunas de ellas causadas por los propios estadounidenses. Orson Welles tuvo que salir del país luego de un confuso incidente en el que falleció un jefe indígena mientras filmaba una película en la selva brasileña. Waldo Frank, por otro lado, fue duramente criticado al considerar a Brasil como parte de Hispanoamérica en uno de sus libros. La respuesta de los brasileños a la abrumadora influencia estadounidense fue el nacionalismo. Y uno de los campos en el que éste emergió fue la música, con canciones que se mofaban de quienes adoptaban rasgos de la cultura estadounidense. La luna de miel entre ambos países fue frágil, en tanto Estados Unidos pudo obtener lo que necesitaba de Brasil. La alianza comenzó a agrietarse tan pronto como las fuerzas norteamericanas revirtieron el avance del Eje en suelo europeo. En 1944, por ejemplo, sólo los delegados de Estados Unidos tuvieron participación en las reuniones previas a la fundación de las Naciones Unidas. Sin embargo, no se podía prescindir tan fácilmente de los aliados latinoamericanos, puesto que el fin del Eje había dejado al descubierto otro futuro enemigo: el comunismo. La batalla contra éste adquirió un perfil de cruzada en los años posteriores, cuando la estrategia de atracción al capitalismo y al espíritu estadounidense de los años anteriores fue reemplazada por la violencia y la represión.

Tota no se ha limitado a reproducir el modelo clásico de cómo el imperialismo cultural de Estados Unidos se impuso de manera avasalladora en América Latina. En lugar de eso, ha optado por analizar el espacio de comunicación e intercambio de imaginarios que se creó entre ambos países, lo cual lo acerca al modelo de historia transnacional que Seigel y otros académicos están tratando de promover como una alternativa a las limitaciones de los enfoques existentes (la historia comparativa, por mencionar sólo uno de ellos). Tota es muy sugerente, además, al replantear las posibilidades y los límites en la adaptación de modelos foráneos y cómo la relación centro/periferia, dominante en la Guerra Fría, fue menos asimétrica de lo que se cree. Para finalizar, basta decir que *The Seduction of Brazil* es un libro que crea un puente entre la época estudiada y nuestros días, dado que Brasil ha consolidado su transformación en país-marca, a la vez que se ha convertido en una potencia económica y política, capaz de actuar independientemente —a veces en contra— de Estados Unidos y asumir una posición de líder regional en el continente.

José Ragas, University of California, Davis

The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times. Odd Arne Westad. New York: Cambridge University Press, 2005, 484 pp.

Odd Arne Westad's sweeping account of the global Cold War sets a new standard for historians of the second half of the twentieth century. It also goes a long way toward upending one of the reigning academic and popular understandings of the Cold War as the bipolar struggle between superpowers. That interpretation, maintained by the leading historian of Cold War diplomacy, John Lewis Gaddis, centers on the unrelenting aggression of the Soviet Union, a reactive United States, and the looming threat of nuclear war, which guaranteed that the Cold War remained "cold." In this version, the Cold War takes place in Europe and Washington, D.C. – despite brief and mostly disastrous forays into South East Asia, Central America and the Caribbean – and climaxes with the Cuban missile crisis in the early 1960s.

In contrast, Westad forces our gaze beyond Europe and the United States in space and time, focusing instead on the global south from the early 1960s through the 1980s as the focal point for U.S. and Soviet battles over ideas, resources, and geopolitical control. To scholars of and actors located in the "hot" zones of the Cold War, this argument may not be new. However, one of Westad's main achievements is the way he unites and balances two histories that have long been separated: Third World revolutionary movements and superpower interventions. For Westad, it is these two struggles that gave shape to the end of the last century and marked the world we live in today. Early in his introduction, he persuasively argues in favor of why the "Cold War conceptually and analytically [belongs] in the South" (p. 4). For one, U.S. and Soviet interventions often conditioned the domestic parameters for social, cultural, and political change in Asia, Latin America and Africa. At the same time, Third World elites "often framed their own political agendas in conscious response to the model of development presented by the two main contenders of the Cold War" (p. 5).

Ideology is the driving force of Westad's history. Placing the Third World at the center of a story dating back to the late nineteenth century, "or perhaps 1415," the Cold War represents one of the final stages of European attempts at domination and colonization (p. 396). Westad's main argument, sustained throughout, contends that the United States

and the Soviet Union were "driven to intervene in [the Third World] by the ideologies inherent in their politics" (p. 4). The early chapters of the book emphasize how the United States and Russia evolved respectively into an "empire of liberty" and an "empire of social justice," which "locked [them] in conflict over the very concept of European modernity—to which both states regarded themselves as successors" (p. 4). During the Cold War, Washington and Moscow fought "in order to prove the universal applicability of their ideologies, and the elites of the newly independent states proved fertile ground for their competition" (p. 4). In this respect, Westad demonstrates how the superpowers were remarkably similar, as both Washington and Moscow saw themselves as the true bearers of world history and guarantors of global security. "Both saw a specific mission in and for the Third World that only their own state could carry out and which without their involvement would flounder in local hands" (p. 5). Despite U.S. and Soviet dismissal of the agency of Third World leaders and states, these actors are at the center of Westad's Cold War story. Without discounting enormous power imbalances, he demonstrates how Third world elites were able to not only play the superpowers off one another, but also advance their own domestic agendas in the process. More importantly, he repeatedly illustrates the great paradox of U.S. and Soviet interventions, which often did more to fuel, rather than curb, radicalization and dissent in the regions where they vied for control.

The core of the book focuses on three cases of late Cold War intervention: the struggle against apartheid and colonialism in South Africa and Angola; the Ethiopian Revolution and its reverberations throughout the Horn of Africa; and the growth of Islamism in Iran and Afghanistan in the late 1970s and early 1980s. Historians of Latin America may find the chapter on Southern Africa and the key role of Cuba most satisfying, as Westad, who had access to newly declassified Soviet documents, builds on many of the previous findings of Piero Gleijeses. By the mid-1960s, as Cuba faced revolutionary setbacks within Latin America and growing regional isolation following its expulsion from the Organization of American States (OAS), Fidel Castro turned to Africa to support burgeoning revolutionary movements, and to divert continental pressure from the United States. Missions took off in 1965 with Che Guevara's column from eastern Zaire through Tanzania and into Congo. Though it ultimately failed, the Zaire venture may

have benefited Cubans over the long-term, as it confirmed for U.S. policymakers Cuba's seeming inability to impact the region. As they re-grouped in Guinea-Bissau from 1966-74, Cuban military instructors, soldiers, and doctors laid the foundations for success in Angola. Westad brilliantly reconstructs Moscow's intentions during this period, expanding on and illuminating many of Gleijeses' conclusions. Westad seems to confirm Gleijeses' contention regarding the "untold" story of Cuba in Africa, piecing together the ways that the Soviets "airbrushed" Cuba out of the victory in Angola. In the months leading up to the South African invasion of Angola, the Soviets were wary of Castro's intentions based mostly on their concerns for maintaining the fragile détente. Paradoxically, it is the victory in Angola that emboldens Soviet hopes for a broader Third World policy. Westad's account highlights the place of Africa –and by extension Cuba– in the decline of détente. Angolan independence, coming on the heels of Communist victory in Vietnam, made many in the U.S. State Department doubt Soviet commitment to the policy that had characterized the first half of the 1970s. Cuba recedes into the background for much of the rest of Westad's history of Central and South Africa, with Sino-Soviet tensions coming to the forefront. But he also demonstrates how Angola, coupled with the U.S. domestic crisis over Watergate, Vietnam, and the election of Jimmy Carter, positioned Africa as a critical reference point for the burgeoning neoconservative movement that would dominate U.S. management of the Cold War during the 1980s.

For a book of this scope and ambition, there are bound to be some omissions. However, one absence deserves special mention. Only one paragraph is devoted to the U.S. orchestration of the overthrow of Salvador Allende (p. 201). This is especially surprising, not only because the coup occurred during the main temporal focus of Westad's study, but also because the Nixon administration – and most especially then Secretary of State Henry Kissinger– were alarmed by the ideological implications of a democratically elected socialist leader in Latin America. In part, the exclusion of Chile may be explained by Westad's conception of the Third World, which he defines as "the former colonial or semi-colonial countries of Africa, Asia, and Latin America that were subject to European (or rather pan-European, including American and Russian) economic or political domination" (p. 3). While Westad does devote a chapter to U.S. and Latin American relations and Cuba, the region often falls

outside of the specific scope of the study, which emphasizes the newly independent states of Africa and Asia. Westad also maintains that the very idea of the Third World disintegrated by the end of the Cold War. However, it is never clear that the Third World was ever as coherent a unit as he may have us believe. The emphasis on ideology as the driving force of the Cold War also poses some difficulties as the question of natural resources and economic motivation can sometimes recede into the background. By the end of the study, the control of oil in the Middle East comes to define the final years of the Cold War, and Westad concedes that decline of the USSR was in part due to the material exhaustion of its forces in Afghanistan. The reader is sometimes left wondering how a deeper examination of the complex interplay between resources, raw materials, and ideas could have altered some conclusions.

But these criticisms do not detract from what is a monumental study. Westad, fluent in at least six languages, deftly interweaves multiple archives, continents, and narrative scales. The work testifies to exciting present possibilities for (re)writing the history of the Cold War through access to newly opened archives in Russia, Eastern Europe, China, and Africa. Westad reconstructs a fascinating history, connecting the Cold War interventions of the 1970s and 1980s to the events of the past decade. His moving conclusions place "historical" Cold War interventions at the center of current foreign policy concerns, highlighting how the same tactics and ideological motivations continue to justify disastrous U.S. action abroad.

Jennifer Adair, New York University